



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Colectivo de Mujeres de la Comuna 8: cuidado, memoria y participación política. Habitar
la política desde lo colectivo y lo comunitario**

Camila Izquierdo Cartagena

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogo

Tutor

Jonathan Echeverri Zuluaga, Doctor (PhD) en Antropología

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Antropología

Medellín, Antioquia, Colombia

2025



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Cita

(Izquierdo Cartagena, 2025)

Referencia

Estilo APA 7 (2020)

Izquierdo Cartagena, C. (2025). *Colectivo de Mujeres de la Comuna 8: cuidado, memoria y participación política. Habitar la política desde lo colectivo y lo comunitario*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Vicerrectoría de Docencia



**Sistema
de Bibliotecas**

CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A mi familia, por ser sustento y lumbrera en mi camino. Y a las mujeres que, con su incansable lucha, han hecho del cuidado un acto de resistencia y de la sororidad una apuesta por la vida.

Agradecimientos

Quiero comenzar agradeciéndome a mí misma, por confiar, por sostenerme incluso en medio de las dudas y el miedo; por seguir mis instintos y abrazar con fervor mis ideologías. A mi asesor, Jonathan, por su paciencia y compañía; gracias por compartir su conocimiento y por incentivar en mí la búsqueda constante de mejora.

A mi familia: a mi padre, por su apoyo incondicional, por sus palabras y las horas de escucha que siempre me sostuvieron; a mi madre, por regalarme su valentía y recordarme que siempre hay caminos por recorrer; y a mi hermano, por abrazarme incluso en la distancia, enseñándome a soñar en grande y a cuidar mi corazón. A cada mujer de mi familia, a mis abuelas, tías y primas, que han tejido en mí ternura y creatividad.

Mi gratitud infinita a las mujeres del Colectivo, por abrirme el espacio, escucharme y permitirme acompañarlas. Este trabajo es por ellas, por nosotras, por cada una.

Finalmente, agradezco a todas las personas que me acompañaron en este proceso de formación en la antropología, por las experiencias compartidas, las conversaciones que ampliaron mis horizontes y los lazos contruidos en el camino. A mis amigas, por su constante presencia, por ser apoyo y afecto en cada etapa de este recorrido. Mi gratitud también a la universidad pública, por ser espacio de encuentro, crítica y construcción de saberes.

Tabla de contenido

Resumen	8
Abstract	9
Introducción	10
1 Tejiendo territorio: un camino a través de la resistencia y la participación	15
1.1 La comuna 8 y las márgenes	16
1.2 Historia de la comuna 8.....	17
1.3 Las mujeres y su liderazgo	23
2. Entre lo público y lo comunitario: desafíos y organización de las mujeres	27
2.1 Llegar a la montaña: mi entrada al campo	27
2.2 Lo público y lo privado: un debate necesario.....	28
2.3 Nélide: entre lo comunitario y lo institucional.....	29
2.4 El cuidado como frontera entre esferas	31
2.5 Sororidad y estrategias colectivas	32
2.6 Patricia: la voz ambiental y la división del trabajo en casa.....	33
2.7 Retar lo público desde lo comunitario.....	35
2.8 Cierre: habitar el cuidado y la política	36
3. Lo privado como terreno de lucha.....	38
3.1 Pensar el cuidado desde el cuerpo y la comunidad.	38
3.2 El cuidado como categoría política y desigual	38
3.3 Cuando salimos del colectivo: ¿dónde queda el <i>empoderamiento</i> ?	40
3.4 Tres voces, tres formas de vivir el cuidado	41
3.4.1 Yolanda, el cuidado que no descansa.....	41
3.4.2 Edelmira, tejer la sanación en compañía	45
3.4.3 Milena, las rupturas del cuidado.....	47

3.5 Redistribuir lo invisibilizado; política del cuidado y desigualdad estructural	48
3.6 El cuidado como derecho y como eje de transformación.....	50
4. Conclusiones	53
5. Recomendaciones.....	55
Referencias	56

Lista de figuras

Figura 1. Mapa con la distribución de la Comuna 818

Siglas, acrónimos y abreviaturas

CDS	Centro de Desarrollo Social
BCN	Bloque Cacique Nutibara
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
DANE	Departamento Administrativo Nacional de Estadística
DICE	Diagnóstico Integral de Ciudad para la Equidad
EUT	Encuesta de Uso del Tiempo
ICT	Índice de Crédito Territorial y Pinal del Cerro
JAC	Junta de Acción Comunal
P.P.	Presupuesto participativo
PDL	Plan de Desarrollo Local

Resumen

Este trabajo de investigación, realizado en la Comuna 8 de Medellín, indaga en las formas de participación política de las mujeres a partir del cuidado, lo colectivo y comunitario. A través del acompañamiento al Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, entrevistas y observación participante, se analizan las tensiones entre lo privado y lo público, mostrando cómo las tareas de cuidado trascienden para convertirse en prácticas políticas y comunitarias. El estudio articula categorías como participación política, cuidado y sororidad, revelando que el acto de cuidar también es resistencia y empoderamiento colectivo. Se concluye que las mujeres, desde sus experiencias cotidianas, no solo cuestionan la desigualdad estructural, sino que también construyen territorios de memoria y transformación social.

Palabras clave: Participación política, mujeres, cuidado, sororidad, antropología, Comuna 8, espacio público, espacio privado.

Abstract

This research, based in Comuna 8 of Medellín, explores the ways in which women engage in political participation through practices of care, collectivity, and community work. By accompanying the Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, and using interviews and participant observation, the study examines the tensions between the private and public spheres, showing how care work transcends its domestic dimension to become a political and community practice. The analysis draws on categories such as political participation, care, and sorority, revealing that the act of caring is also an act of resistance and collective empowerment. The findings demonstrate that women, through their everyday experiences, not only challenge structural inequality but also construct territories of memory and social transformation.

Keywords: Political participation, women, care, sorority, anthropology, Comuna 8, private spheres, public spheres.

Introducción

Que habría sido de las mujeres en el patriarcado sin el entramado de mujeres alrededor, a un lado, atrás de una, adelante, guiando el camino, aguantando juntas. ¿Qué sería de nosotras sin nuestras amigas? ¿Qué sería de las mujeres sin el amor de las mujeres? (Marcela Lagarde. Pacto entre Mujeres: Sororidad)

La configuración de los procesos sociales ha diferenciado grupos específicos en la sociedad, surgiendo de criterios como la división sexual del trabajo, en donde se han separado las formas de producción y reproducción entre hombres y mujeres. Este trabajo investigativo dirige la mirada hacia las mujeres que participan política y comunitariamente ancladas en su territorio, específicamente en la Comuna 8 y junto al Colectivo de Mujeres de la Comuna 8. En el caso de la vida política institucional y comunitaria, han sido las mujeres quienes han protagonizado distintas vivencias marcadas por el silenciamiento, la invisibilización y la segregación en los espacios de lo público. Esta monografía busca revertir esa invisibilización dando cuenta de los procesos de participación política, los roles que cumplen y los desafíos que atraviesan las mujeres del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8 de Medellín. Asimismo, visibiliza cómo, a través de su cotidianidad y sus prácticas colectivas, han ido transformando los modos de compartir y disputar lo comunitario y lo público apostándole al desarrollo personal y profesional de ellas mismas.

La participación política de las mujeres en Colombia se ha encontrado con distintos obstáculos, aunque en las últimas décadas se han comenzado a instaurar nuevas formas de inclusión en los espacios públicos. En la Comuna 8 y en el Colectivo de Mujeres, estas tensiones también se viven directamente: en medio de sus procesos colectivos aparecen intereses de terceros que interfieren en el desarrollo de una comunidad incluyente, que reconoce al otro, sus diferencias y sus necesidades. A su vez, estas tensiones atraviesan la vida cotidiana dentro de los hogares donde la división sexual, marca discusiones sobre el cuidado y las formas en que este se distribuye. Cardona (2014), en su tesis, *De lo colectivo a lo personal: el “colectivo de mujeres” de la Comuna 16 del Municipio de Medellín, como estrategia para la participación política y la incidencia local*, propone una contextualización en dos momentos visibles de organización y movilización de las mujeres. El primero se ubica en la finalización del siglo XIX y en los inicios del siglo XX, con las luchas por los derechos civiles y el status de ciudadanía que se representa en el voto femenino. Un segundo momento se ubica a partir de la segunda mitad de 1970, cuando se inicia la incursión de

las mujeres en el mundo de la cultura y el arte, plasmando las expresiones de protesta al orden instituido y generando entonces el cuestionamiento por su lugar en la sociedad.

En Colombia, las mujeres no tenían derechos que respaldaran su participación política. Esto no significa que no habitaran espacios de participación y divulgación en torno a la política; sin embargo, evidencia la segregación e invisibilización que se vivía en estos escenarios de discusión y construcción de la sociedad. Frente a este panorama, Iris Marion Young (2000) propone el concepto de justicia como un elemento diferenciador, planteando que debe formar parte de las condiciones institucionales que permitan el desarrollo y ejercicio de las capacidades, la comunicación y la cooperación para la sociedad.

Para las mujeres en Colombia, estos espacios de participación han sido un terreno lleno de obstáculos. No siempre existieron garantías que respaldaran su quehacer político, y la ausencia de acompañamiento derivó en experiencias de opresión, dominación y exclusión ante la incursión en la vida política institucionalizada y comunitaria. Aun en ese escenario adverso, las mujeres abrieron camino: reivindicando sus derechos a participar, defendiendo el reconocimiento de sus liderazgos y poniendo sobre la mesa la importancia del autocuidado y el crecimiento personal. Estas luchas, impulsadas desde colectivos de mujeres y movimientos feministas, invitan a cuestionar no solo lo que se ha adquirido, sino también cómo se ha hecho, y a pensar en la manera en que esos procesos alimentan el empoderamiento femenino.

Lo que ha movido a las mujeres a participar de manera crítica, ha sido la necesidad de modificar en lo posible nuestras condiciones vitales y las restricciones sociales. Pero lo que mueve las rebeldías íntimas y públicas de las mujeres es sobre todo, la injusticia en las relaciones con los hombres, en las familias, en las instituciones. (Lagarde, 2012, pp. 122)

En la Comuna 8, estas discusiones se expresan en las formas en que las mujeres del Colectivo han hecho visibles sus vivencias y cotidianidades, reclamando el derecho a compartir espacios que históricamente les habían sido negados. De este modo, han abierto paso a sus participaciones en lo público institucionalizado, ya sea ocupando cargos de representación o vinculándose a escenarios impulsados por la administración de la ciudad, como los Centros de Desarrollo Social (CDS). Asimismo, han fortalecido su presencia en los espacios comunitarios de la Comuna 8, destacando colectivos, asociaciones, asambleas y grupos de incidencia local.

Ha sido urgente el acceso de las mujeres a estos espacios para lograr una participación igualitaria y dar continuidad a una despatriarcalización de la política, lo cual ha permitido impulsar el desarrollo, la calidad de vida y el bienestar tanto de las mujeres como de sus colectivos. La construcción de estos espacios también abre camino hacia la autonomía, cuestionando maternidades sobrecargadas, trabajos no remunerados y las dobles o triples jornadas laborales que siguen influyendo en las formas de compartir y acompañar procesos comunitarios y políticos.

Para esta investigación se busca un acercamiento a la participación política de las mujeres del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, dando cuenta de sus formas de articulación, las metodologías que emplean, los roles que asumen y los caminos a través de los cuales han llegado a compartir estos círculos de participación comunitaria. Su participación política resulta esencial no solo para la construcción de la vida colectiva, sino también para construir una comuna más justa y equitativa.

Esta participación no puede desligarse de las experiencias cotidianas que atraviesan estas mujeres: la crianza y educación de los niños y niñas, la búsqueda de seguridad en el territorio, el afrontamiento de distintas violencias y las múltiples formas de cuidado que sostienen la vida comunitaria. Desde allí, amplían las perspectivas y aportan el debate en los espacios públicos donde estas problemáticas convergen con las discusiones de la comunidad en general. Los liderazgos comunitarios y aportes de estas mujeres se expresan en procesos de organización colectiva, en la construcción de redes de apoyo y en la incidencia en espacios institucionales y comunitarios. De esta manera, contribuyen al fortalecimiento del bienestar colectivo y a la resignificación de los espacios comunitarios de la Comuna 8.

Mi ejercicio de investigación parte de la idea de que la participación política de las mujeres del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8 es fundamental para el desarrollo de la comunidad y para la inclusión de las perspectivas y experiencias que ellas viven en sus barrios. La participación política, en ese sentido, debe analizarse desde una perspectiva situada, reconociendo los contextos sociales que atraviesan a quienes viven y construyen lo comunitario. Así, las voces y el acercamiento a los roles que desempeñan en la articulación de procesos comunitarios e institucionales son de vital importancia para sostener la apuesta central de esta investigación. Dos preguntas guiaron este ejercicio: ¿Cuáles son las formas de movilización de las mujeres del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8? ¿Qué roles han ejercido las mujeres en las organizaciones donde participan?

En la Comuna 8, la participación política de las mujeres ha debido enfrentar conflictos como la falta de reconocimiento de sus liderazgos, la tensión entre las responsabilidades domésticas y comunitarias, y la resistencia de estructuras políticas tradicionalmente masculinizadas. Estos condicionamientos generan preguntas adicionales: ¿Cuáles son las perspectivas y las formas en las que las mujeres se acercan a habitar los espacios de participación? ¿De qué manera la distribución de tareas dentro de sus hogares reproduce o transforma las desigualdades de género?

Nombrar la participación política de las mujeres y los roles que cumplen en estos espacios implica reconocer las formas en que ellas se movilizan desde lo doméstico, lo organizativo y lo político-comunitario. En este sentido cobra importancia esta investigación: traer a la luz sus aportes y reconocer sus voces permite comprender cómo sus experiencias están atravesadas por estructuras socioeconómicas, roles de género, identidades, percepciones del territorio, sentires e historias de vida. Todo ello muestra que lo político no es un ámbito distante, sino que se construye desde las formas en que las mujeres habitan y transforman sus espacios.

La aproximación de este trabajo partió de la contextualización del territorio, atendiendo a su historia y a las perspectivas de las mujeres que hacen parte del colectivo. La metodología se desarrolló de manera activa, acompañando sus espacios de discusión: reuniones del Colectivo, talleres de autocuidado, psicología y sanación personal, encuentros de divulgación de proyectos, comitivas e incluso espacios convocados por la administración de la ciudad. De igual forma, acompañé los espacios cotidianos que las mujeres del colectivo frecuentan en la Comuna 8, como sus barrios y las instituciones locales que acompañan gran parte de estos espacios, con el fin de conocer desde su perspectiva las visualizaciones y significados del territorio.

Tal como lo explica Guber (2016), la observación participante consiste de dos actividades principales: observar lo que acontece alrededor del investigador y participar en las actividades que se realizan. En este caso, para el desarrollo metodológico no sólo fue pertinente observar lo que sucedía en los encuentros con las mujeres del Colectivo, sino también aceptar la invitación a participar en ellos. Esto me permitió acompañar sus dinámicas, conocer de cerca las formas en las que trabajan y vivencian su participación. A partir de este vínculo fue posible abordar temas como sus experiencias personales, motivaciones y sucesos en torno a las prácticas y actividades del Colectivo. Además, la propuesta metodológica incluyó entrevistas semiestructuradas que facilitaron la recopilación de información sobre las formas de participación política y los objetivos

de la investigación. Esta estrategia posibilitó que las mujeres compartieran lo que saben, piensan y creen, relatando su experiencia y acompañamiento en los procesos comunitarios.

El consentimiento informado fue el medio de acuerdo utilizado en esta investigación. A través de él se dejó claro el uso de la información brindada bajo la autorización de las interlocutoras, incluyendo la posibilidad de mantener en reserva sus nombres conforme a la Ley de Protección de Datos Personales (Congreso de la Republica, 2012). También se estableció su derecho a retirarse del proceso en cualquier momento -al inicio, durante o al final- para salvaguardar sus experiencias y perspectivas. Desde mi responsabilidad como investigadora, y como parte final de los acuerdos, se precisó que este proyecto sería entregado en formato digital e impreso, y que los resultados formarían parte de la entrega final de este trabajo de investigación en el marco académico.

El camino de este trabajo se construye en cinco partes que dialogan entre sí. El primer capítulo nos invita a entrar en la Comuna 8, a reconocer su historia y a comprender cómo el liderazgo y las luchas de las mujeres han marcado la vida del territorio, especialmente a través del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8. En el segundo capítulo caminamos hacia la vida en lo público y la participación política, dando lugar a las voces y experiencias de dos integrantes del Colectivo que han tejido procesos tanto dentro del grupo como en otros escenarios comunitarios e institucionales, como la mesa ambiental y el Centro de Desarrollo Social Los Mangos. El tercer capítulo nos lleva de nuevo a lo íntimo, a ese cruce entre la vida privada y lo comunitario, donde emergen las reflexiones sobre el cuidado, la división sexual del trabajo y las dobles y triples jornadas que atraviesan la cotidianidad de muchas mujeres. Finalmente, en las conclusiones, este recorrido se recoge y se abre a la vez: dando voz a los hallazgos del proyecto etnográfico y donde se plantean algunos aportes y horizontes para continuar pensando y construyendo colectivamente en el tiempo.

1 Tejiendo territorio: un camino a través de la resistencia y la participación

El territorio en el que esta etnografía se desarrolló me gusta pensarlo como una montaña sin fin, habitada como un pesebre en Navidad, lleno de casas pintorescas en medio de la ladera, tan arriba que alcanzan el cielo; una ladera adornada de luces que brillan en la noche para obligarnos a reconocer que la montaña realmente se puede habitar y hace parte de la ciudad. Haber logrado construir ese lugar en la ladera no ha sido sencillo. En Medellín, las periferias crecen a ritmos atropellados reuniendo actores de proveniencias diversas e interacciones complejas. La ladera te acoge pero también te recuerda lo lejos que está en términos de regulación del centro de la ciudad, desde donde se gobierna y se producen las normas.

Caminar la montaña hacia arriba en medio del asfalto se torna agotador bajo el sol picante del mediodía, sin contar además en el cansancio creciente a medida que los años pasan en medio de las faldas; las diferencias de movilidad y habitabilidad se tornan crecientes una vez que una viene de lo centralizado a conocer un poco más de las formas en las que se habita lo periférico.

Es cierto que habitar un espacio tan cercano en la ciudad, pero que sin duda se encuentra igualmente en la periferia, conlleva otro tipo de dinámicas, como la búsqueda de espacios de recreación, la creación de política y el desarrollo de expresiones artísticas que permitan compartir en la misma comuna de una forma más cercana. Es apropiarse de la montaña inhabitada y volverla hogar, desafiando el pronóstico de que, muy posiblemente, las formas de vivir sean distintas al acercarse a estos contextos periféricos, enfrentándose a la lejanía de las ayudas del municipio, de las construcciones habituales y aprobadas por estos entes reguladores. Habitar la periferia es enfrentarse a gritos ahogados y chapaleos constantes que solo entre la misma comunidad puede resolver, es acostumbrarse a la idea de que, en medio de una torrencial tormenta, tu casa, la que construiste con tus manos pueda venirse abajo o, en el peor de los casos, la quebrada crecida sea quien arrase con ella y te desplace de tu hogar.

Para comprender cómo he pensado el lugar, traigo a relucir a Marc Augé inicialmente. En su libro: *Los no-lugares. Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*, plantea que el lugar se define a partir de tres características principales: identidad, relacionalidad e historicidad. Es decir, un lugar es un espacio en el que las personas pueden identificarse, relacionarse entre sí y desarrollar una historia en común. En el lugar antropológico nos encontramos con que este se configura a través de prácticas sociales, relatos y experiencias. Por

esta razón, el lugar no se limita directamente a una dimensión física, sino que incluye también trayectorias, discursos e interacciones que le dan sentido. (Augé, 1992).

1.1 La comuna 8 y las márgenes

La comuna 8, también conocida como Villahermosa, es “la periferia de la periferia” (Naranjo, 2004). Hablar de la periferia es ponernos de cara contra la cruda realidad de un país que ha sufrido el conflicto armado, la exclusión y la desigualdad histórica. En estos márgenes urbanos es donde se han asentado, muchas veces forzosamente, miles de personas desplazadas por la violencia. Villahermosa es uno de esos lugares donde la periferia no solo representa una ubicación geográfica, sino también una experiencia social profundamente marcada por el desarraigo y la lucha por la supervivencia. En medio de las periferias es donde se entrelazan las historias de personas que en medio de un reasentamiento involuntario establecen relaciones con sus vecinos y dejan a vista la reconstrucción de un proyecto común.

Para el caso de Villahermosa, la historia ha estado marcada por la búsqueda de un hogar y de nuevas oportunidades en medio de condiciones adversas. Estas laderas, ignoradas durante mucho tiempo por la administración municipal, se convirtieron en el refugio de quienes no tenían otro lugar a dónde ir. Las personas se enfrentaron a la precariedad, a la falta de servicios básicos, y a la invisibilización de sus derechos más fundamentales.

A pesar de estas condiciones, la Comuna 8 se ha convertido en un ejemplo de resistencia y reconstrucción. Las llamadas “zonas subnormales” o “en proceso de normalización” (Naranjo y Hurtado, 2004) concentran la mayor densidad poblacional del sector. Allí, por medio de la gestión pública, el empleo informal y la participación ciudadana, se han alcanzado avances importantes en la mejora del entorno urbano.

Las relaciones sociales tejidas en medio de la necesidad han dado paso a la creación de grupos, comités y organizaciones que trabajan por objetivos de subsistencia inmediata: la alimentación, la educación, la salud e incluso la seguridad. En este contexto, la comunidad ha demostrado que, aún desde la periferia más excluida, es posible resistir, organizarse y proyectar un futuro colectivo.

Si hablamos de la forma en la que la comuna 8 ha sido habitada, es justamente en este punto donde los grupos sociales -formados a partir de la diversidad cultural, social y económica del

territorio debido a las oleadas de desplazamientos y migraciones- se convierten en actores fundamentales para su desarrollo cultural. Esta interacción se manifiesta en una participación activa en él. Así, se generan dinámicas colectivas que buscan definir formas concretas de apropiación del espacio, dando lugar a la creación de nichos sociales y culturales que permiten la convivencia, el intercambio y la adaptación frente a los cambios que vive la comunidad.

1.2 Historia de la comuna 8

Si nos adentramos a las formas de conformación de la Comuna 8, encontramos que fue a partir del año 1987 cuando se implementó la división por comunas en la ciudad de Medellín. Esto se hizo con el fin de reconocer los lugares habitados en la ciudad y comprender las formas en las que comenzaba a organizarse sociopolítica y económicamente.

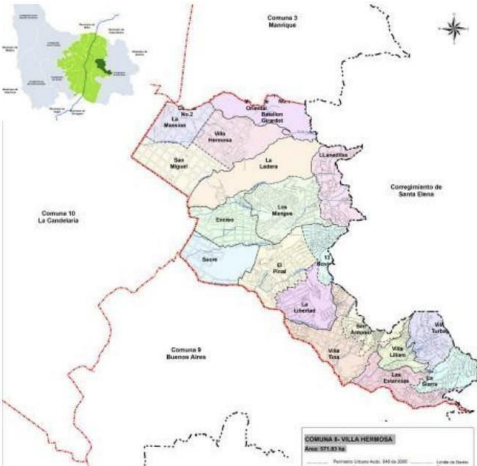
Dentro de las 16 comunas que encontramos en la ciudad, la Comuna 8, en particular, está ubicada en el sector Centro Oriente de la cabecera municipal de la ciudad de Medellín. Esta comuna limita junto a espacios de la ciudad como la Comuna 3 (Manrique), la Comuna 9 (Buenos Aires) y la Comuna 10 (La Candelaria). Además, a sus alrededores limita con el corregimiento de Santa Elena, el cual es conocido por sus flores, las cuales han sido potencia en las festividades de la gestión y sus zonas turísticas, generando una mayor movilidad a través de sus vías de conexión directa con Villa Hermosa. La Comuna 8 está integrada por 18 barrios, entre ellos: Villa Hermosa, La mansión, San Miguel, La Ladera, Batallón Girardot, Llanaditas, Los Mangos, Enciso, Sucre, El Pinal, 13 de Noviembre, La Libertad, Villatina, San Antonio, Las Estancias, Villa Turbay, La Sierray Villa Liliam.

La etnografía se desarrolló en los barrios: Los mangos, Llanaditas y Enciso, debido a que eran los mayormente frecuentados por el colectivo de mujeres de la Comuna 8. Estos barrios, ubicados en medio de faldas nos abrazan por sus procesos sociales: las formas en las que han apropiado de sus proyectos sociales como las mesas ambientales, proyectos artísticos que involucran la danza y el teatro, proyectos de educación para jóvenes, mujeres y personas mayores e incluso proyectos enfocados en la soberanía alimentaria por medio de huertas y comitivas. En medio de mi experiencia y la compañía de las mujeres del colectivo, pude encontrarme con que esta herramienta ha sido fundamental para la exigibilidad de derechos de la población o sectores

que puedan representar. A continuación, se presenta un mapa con la distribución de la Comuna 8.

Figura 1.

Mapa con la distribución de la Comuna 8

Nombre del Barrio	Planimetría	Sectores
Villa Hermosa		Colinas de Enciso Parte Alta y Baja
La Mansión		Golondrinas
San Miguel		Pinar del Cerro
La Ladera		Caicedo-La Toma
Batallón Girardot		El Molino-La Paz
Llanaditas		La Planta (Las Perlas y Quintas de la Playa)
Los Mangos		Santa Lucía
Enciso		La Libertad 2
Sucre		Las Mirlas
El Pinal		Altos de la Torre
Trece de Noviembre		El Pacífico
La Libertad		Esfuerzos de Paz 1 y 2
Villatina		Áreas de Protección Institucional
San Antonio		Batallón Girardot
Las Estancias		ITM La Fraternidad
Villa Turbay		Bosque U de A
La Sierra		Cerro Pan de Azúcar
Villa Lilliam		

Nota. Fuente Subdirección de Información. Departamento Administrativo de Planeación Municipal. Año 2014 .

El Plan de Desarrollo Cultural de la Comuna 8: Territorio multicultural y pluriétnico (2011), pone en evidencia las complejas interpretaciones del territorio y las dificultades que enfrenta la comunidad. Entre los principales aspectos señalados se encuentran:

Los niveles de desarrollo son dispares en todo el territorio; muchos sectores no son reconocidos como barrios y son discriminados en la inversión pública. La división territorial reconocida por la administración municipal no coincide con los referentes territoriales

socioculturales de los y las habitantes. Las organizaciones comunitarias se multiplican y actúan sin acompañamiento y fundamentación en planeación territorial.

Estas observaciones permiten comprender las tensiones existentes entre las estructuras oficiales y las realidades sociales, un eje central para el análisis del desarrollo cultural y territorial en la Comuna 8 (Alcaldía de Medellín, 2011, p. 18). De esto podemos destacar que, en medio de los desarrollos de la comuna, al estar dentro de espacios periféricos, las formas en las que hace presencia la administración pueden variar a diferentes escalas en comparación con lugares más centralizados, de fácil acceso o que, para las administraciones traen focos de desarrollo (según su búsqueda particular de crecimiento) para el municipio.

Además, la conformación del territorio no se limita únicamente a la inclusión o exclusión de ciertos lugares dentro de los mapas administrativos. Esto refleja que la construcción territorial se da de la mano de la población y las dinámicas socioculturales que ella misma genera, a través de cada vivencia y los sistemas que comienzan a entretorse en medio de la construcción del espacio y sus sentires. Es decir, el punto fundamental para la conformación de este cobra vida en el momento en que las personas toman acción sobre el mismo, tal como lo han realizado las aproximadamente 53 organizaciones registradas en La Red de La Comuna 8. Un territorio se conforma con relación a las personas y sus necesidades, si bien de forma administrativa se le da prioridad y reconocimiento para la distribución de recursos y necesidades básicas, es la población quien a través de sus dinámicas y propias necesidades conforman toda una red que dinamiza y articula sus propias necesidades.

Por último, la presencia o incluso la ausencia de la administración en las organizaciones comunitarias revela cómo cada territorio recibe una respuesta distinta según sus experiencias y procesos locales, especialmente en lo relacionado con la planeación territorial. Frente a una ausencia institucional, las comunidades generaron sus propios procesos organizativos para dar respuesta a sus necesidades. O, en el caso contrario, gracias al reconocimiento de las Juntas de Acción Comunal (JAC), colectivos y organizaciones sociales, cuando son tenidas en cuenta e incluidas en la planificación, este reconocimiento puede fortalecer e impulsar sus iniciativas, potenciando su capacidad de gestión y acción colectiva.

Una de las problemáticas más complejas en la misma comuna ha sido la mutación del conflicto, es decir los cambios sociales significativos que han ocurrido en ella los cuales han agudizado las condiciones sociales de los y las ciudadanas. El primer exponente que ha influido en

esto ha sido el conflicto armado, tanto actores nuevos que llegaron a esta zona centro oriental por los posicionamientos estratégicos que el territorio les brindaba para el paso de grupos, saqueos y extorsión como los que ya se encontraban en él que pertenecían al contexto de la misma Comuna 8 como lo eran el Bloque Cacique Nutibara y el Bloque Metro.

Para comprender mejor el poblamiento de la Comuna 8, es necesario remontarse a las décadas de 1920 y 1930, cuando una primera oleada migratoria, proveniente principalmente del Oriente antioqueño, comenzó a asentarse en la zona (Plan de Desarrollo Cultural de la Comuna 8, 2011). Esta movilidad poblacional estuvo vinculada a crisis económicas causadas por la disminución de actividades como la minería y la agricultura. Mientras tanto, la ciudad se consolidaba como una potencia industrial, generando expectativas de nuevas oportunidades laborales. En este contexto, campesinas y campesinos migraron a la ciudad en busca de un futuro distinto para sus familias, consolidándose en este periodo barrios como Enciso y Caicedo.

Durante los años 40, surgió una segunda oleada migratoria desde la ruralidad hacia el casco urbano, todo esto motivado por la violencia bipartidista. Entre los años 40 y 50 del siglo XX, se evidenció un aumento demográfico en toda la zona centro-oriental, donde se encuentra ubicada la Comuna 8. Fue en este contexto que se conformaron barrios como Llanaditas, Los Mangos, Villatina, La Sierra, La Libertad y Villa Turbay (años 70), y posteriormente, en los años 80, los barrios 13 de Noviembre y Golondrinas.

En esta misma década comenzó a evidenciarse un poblamiento considerado ilegal bajo la mirada de la administración. Este fenómeno fue impulsado por finqueros quienes promovieron urbanizaciones y construcciones no planificadas, en este caso se hace referencia a lo que hoy conocemos como: ‘invasión’, donde se conformaron los barrios: Las Letras, Julio Rincón, El Edén, 13 de Noviembre, La Primavera, Golondrinas, entre otros. Este proceso de invasión continuó de manera intensa durante los años 60, 70 y 80.

Las urbanizaciones que fueron planificadas de carácter estatal son la habilitación del barrio La Libertad y parte de Villatina (1970), realizada por el ICT o, también conocido como el Índice de Crédito Territorial y Pinal del Cerro (1980, Corvide). Los barrios como San Antonio (1940), Villa Liliam y Llanaditas (1950), Villatina (1960), La Libertad, La Sierra y Villa Turbay (1970), Julio Rincón, El Edén, 13 de Noviembre, Isaac Gaviria, La primavera, Sector Golondrinas, Las Parcelas, Villa Roca, La Cruz, Las Estancias y Los Mangos (1980) son considerados invasión.

Las olas migratorias de personas desplazadas vienen del Oriente o Urabá antioqueño y también del departamento del Chocó, que llegaron a la Medellín entre los años 1960 y 1970 contribuyendo al poblamiento de la Comuna 8, las cuales han traído una diversificación social y cultural que se ha asentado en el espacio, ya sea por afectaciones del conflicto armado o como consecuencia del desarraigo, la segregación espacial y la inequidad social. Esto de entrada nos arroja, un territorio multicultural, entendido esto como la coexistencia, en un mismo espacio geográfico, de distintas culturas o identidades que interactúan entre sí. En este caso específico, se incluyen mujeres, campesinos y campesinas, comunidades afro, comunidades indígenas y poblaciones afectadas por la violencia y el desplazamiento forzado en el país.

Además, podemos encontrar personas colombo-venezolanas, resultado del auge de las olas migratorias debido a los cambios socioeconómicos en el país vecino. Todo esto pone en evidencia la existencia de múltiples formas de vivir, pues en medio de la conformación de la comunidad se encuentran vivencias y costumbres de lugares lejanos la mayoría, lo que genera un constante cambio en las formas de relacionarse, en la búsqueda de suplir las necesidades de cada habitante y encontrar puntos medios en medio del intercambio cultural, como lo podemos encontrar en los grupos indígenas que están en la Comuna, los grupos de danzas tradicionales, los barrios que son reconocidos porque tienen en su mayoría gran población de personas afro e indígenas. Estos barrios, aunque considerados asentamientos irregulares por la administración, han permitido el arraigo de las comunidades, a pesar de las dificultades geográficas y de la inestabilidad del terreno montañoso que las rodea. No obstante, la montaña que los abraza también les ha permitido continuar soñando y creando nuevas formas de habitarla.

El poblamiento de la Comuna 8 se ha visto influenciado, como hemos observado, por distintos momentos sociopolíticos y económicos en el país. Durante la década de los 90 y la primera del siglo XXI, la principal causa de la migración fue el desplazamiento forzado provocado por el conflicto armado que atravesaba el territorio colombiano. En este periodo se conforman los barrios Altos de la Torre, Pacífico, Esfuerzos de Paz I, Esfuerzos de Paz II, Unión de Cristo, La Esperanza, Las Torres, Buenavista, y Quintas de la Playa junto a Sol de Oriente.

Las ocupaciones crecieron principalmente hacia las laderas de la ciudad, las cuales no contaron con acompañamiento administrativo sino hasta la década de los 90. A partir de entonces, desde Planeación Municipal y junto a los programas creados por la administración de la época, buscaron organizar y gestionar las formas en las que se estaba conformando la comuna.

Cabe resaltar que, dentro de esta conformación, han estado presentes diversas comunidades, como hemos venido documentando. Entre ellas se encuentran comunidades indígenas y afrodescendientes, que se han movilizado desde distintas regiones del país en busca de nuevas formas de vivir. Esto ha sido un factor clave para nombrar la Comuna como multicultural e intercultural. Este último término no sólo se refiere a la comunicación que se tiene entre múltiples identidades, sino también al reconocimiento y los diferentes modos de ser, hacer y pensar entre todos y toda una comunidad.

Los planes de desarrollo han buscado, entre otras acciones, la realización de censos para reconocer quiénes habitan la comuna y provienen de comunidades indígenas, campesinas y afro, junto a la creación de espacios de integración adecuados, la implementación de procesos formativos en nuevas tecnologías y educación superior (tecnológica y universitaria) y el fortalecimiento de la identidad cultural, haciendo énfasis en la lengua materna para aquellas personas provenientes de grupos indígenas y los tejidos ancestrales de cada grupo. Los barrios con mayor presencia de comunidades indígenas han sido: Villa Turbay, Colinas de Enciso, Golondrinas, Sol de Oriente, Villatina, Enciso, El Pinal, La Ladera y por último, Sucre.

Por otro lado, las comunidades afrodescendientes han llegado a Villa Hermosa como consecuencia de cambios económicos, como lo mencionaba anteriormente, el declive entre la minería y el desplazamiento forzado, víctimas del conflicto armado del país. Estas comunidades han apropiado el territorio para la reproducción de sus tradiciones y liderazgos que buscan la conservación de sus identidades. Cada barrio de la comuna resguarda sus recuerdos, anhelos, sueños y luchas, tanto personales como comunitarias, y refleja una identidad propia que expresa de dónde vienen y gritan a pecho abierto su resistencia por la pertenencia, el reconocimiento y el desarrollo de sus grupos. Las comunidades afrodescendientes han continuado replicando sus tradiciones, sus cantos, sus bailes y festividades. Asimismo, cada grupo ha encontrado espacios donde su presencia es más predominante. En este caso, los barrios donde se han asentado principalmente comunidades provenientes del Chocó, el Oriente antioqueño y el Urabá son Altos de la Torre, Esfuerzos de Paz I, Esfuerzos de Paz II y Unión de Cristo.

1.3 Las mujeres y su liderazgo

Estar en un lugar implica más que ocupar un espacio; es convivir con quienes también llegan, cada uno con su historia, sus costumbres y su manera de entender la vida. En las zonas periféricas, donde convergen múltiples trayectorias marcadas por el desarraigo, la necesidad o el deseo de empezar de nuevo, se producen encuentros que obligan a negociar el uso del espacio y a reinventar maneras de vivir juntas. Cuando estas dinámicas ocurren cerca de instituciones locales o bajo su acompañamiento, se abren posibilidades para que las comunidades propongan formas propias de cuidado, transformación y relación con su entorno. Así, la organización colectiva -desde lo barrial hasta lo asociativo- se vuelve clave para resignificar lo urbano desde abajo, con base en experiencias compartidas y necesidades comunes.

El Cerro Pan de Azúcar es un punto referente para la zona, pues hace parte de uno de los proyectos más importantes para el Valle de Aburrá, como es el Plan Maestro del Parque Arví. Tanto El Cerro como sus caminos y los vestigios encontrados en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas, han traído consigo que sea entonces una zona declarada por el Ministerio de Cultura en 1998 como un bien de interés cultural para la Nación.

El trabajo de Natalia Quiceno ofrece una mirada muy valiosa sobre la configuración territorial de la Comuna 8, especialmente al analizar cómo la informalidad -entendida como todo aquello que se construye por fuera de los canales institucionales tradicionales- ha jugado un papel central en el desarrollo del territorio (Quiceno, 2008). Retomando ese planteamiento, se reconoce que en la comuna han sido precisamente las prácticas comunitarias informales las que han sostenido, organizado y transformado el espacio urbano a lo largo del tiempo. Esta forma de participación, aunque no reconocida oficialmente por las instituciones, ha generado sus propias reglas, liderazgos y formas de gestión colectiva. Lo que en principio fue considerado "informal" ha adquirido legitimidad social y se ha convertido en una forma estable de intervención en el territorio.

Desde esta perspectiva, mi trabajo etnográfico no sólo observa este fenómeno, sino que parte de él como una clave para entender cómo se produce el espacio en la comuna: desde abajo, desde la gente y sus redes, y no necesariamente desde el Estado o la planeación urbana oficial. Las mujeres del Colectivo son quienes han puesto sobre la mesa que sí existen nuevas formas para

aprender, sanar, adquirir nuevas habilidades y reunir a la comunidad, para ser espacio de encuentro y refugio para quienes lo necesitan.

Entre 1930 y 1960, la participación que se desarrolló en los barrios tuvo lugar a través de los centros cívicos. Estos gestionaron la mejora de calles, escuelas, centros médicos y puentes, en busca de un bienestar colectivo. Es decir, la consolidación de todas estas gestiones por parte de las organizaciones formales ha generado que la comunidad les reconozca su labor, la cual siguen siendo orientadas al desarrollo. Como ejemplo, en el barrio Enciso encontramos el Centro Cívico Praga, fundado en el año 1938, el cual promovía la organización de la comunidad.

Los procesos sociales que ocurren en el territorio y las formas en que se desarrollan resultan fundamentales para entender su configuración. En este capítulo, se enfatiza cómo los grupos sociales y sus organizaciones se han formado a partir de antecedentes históricos y movimientos sociales, mostrando la relación directa entre estas dinámicas y la construcción del territorio.

El contexto histórico y social de la Comuna 8 se caracteriza por varios rasgos distintivos que permiten entender mejor su realidad. En términos socioeconómicos, por ejemplo, el Diagnóstico Integral de Ciudad para la Equidad (DICE) revela que la calidad de vida en la comuna se sitúa en 65 puntos, y que el 81,48% de la población pertenece a los estratos 1 y 2. Estos datos, junto con los aportes del libro *Memorias de Mujer* (2019), permiten construir un panorama más completo sobre las condiciones y desafíos que enfrenta la comunidad. Estas cifras permiten acercarse entonces a las formas de vida y las necesidades o requerimientos que puedan tener.

Este tipo de diagnósticos nos permiten ilustrar las diferentes situaciones que viven las personas, como la desconexión de las redes de servicios públicos, los asentamientos informales o el acceso a beneficios estatales. En la Comuna 8, la participación y organización comunitaria se han consolidado como herramientas clave para promover la acción política y cultural. Esta dinámica ha fortalecido los lazos de interacción social y se refleja, por ejemplo, en una de las votaciones más altas en cuanto a la priorización de recursos.

El Plan de Desarrollo Local (PDL) de la Comuna 8, una iniciativa ciudadana en opera desde 2007, se ha consolidado como una herramienta fundamental para el reconocimiento real del territorio y la orientación de la inversión pública y social. En este proceso, la trayectoria de lucha y liderazgo de Doña Nérida, coordinadora del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, ha sido un motor clave para impulsar la participación activa y fortalecer las diversas expresiones

organizativas, permitiendo que sigan participando en los procesos y gestiones del desarrollo territorial.

El PDL ha sido un instrumento de interlocución directa con la administración y las entidades gubernamentales, pues, a la hora de obtener información sobre el territorio, reorientar políticas y brindar herramientas para la toma de decisiones, este programa, junto al Presupuesto Participativo (P.P.), han sido claves para dar continuidad a los procesos. Recordemos que el P.P., desde la alcaldía de Medellín (s.f), se entiende como la priorización de los recursos, destinando el 5% del presupuesto de libre inversión del municipio. A través de este mecanismo, las comunidades de cada comuna pueden, junto a la administración, desarrollar planes de acción específicos para sus territorios.

De esta manera, el PDL y el P.P. contribuyen a superar las problemáticas enunciadas en cada Plan de Desarrollo y permiten su materialización. Además, este tipo de proyectos buscan fortalecer la relación directa entre la comunidad y la administración, lo que está directamente ligado a las formas en las que el espacio se ha configurado y a la manera en que sus habitantes viven en él.

La Comuna 8 cuenta con diferentes organizaciones culturales, artísticas, ambientales, políticas y sociales en cada uno de los barrios que la conforman. En esta predominan las bibliotecas e instituciones educativas que buscan aportar a la paz y a la convivencia entre niños, niñas y jóvenes, a partir de puestas en escena, propuestas éticas y acciones de resistencia al conflicto.

En esta oportunidad, junto a las mujeres del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, tuve la posibilidad de disfrutar un poco más de la biblioteca León de Greiff, ubicada entre la cancha la Ladera y la UVA la imaginación. En este espacio se encontraba anteriormente la cárcel de varones, la cual estuvo en función hasta el año 1976. Posteriormente, el 17 de febrero de 2007, abrió sus puertas al público como biblioteca.

La biblioteca cuenta con zonas verdes a su alrededor y, desde mi perspectiva, ha resignificado el espacio no solo como biblioteca, sino también como un punto de encuentro para la divulgación, la creación de conocimiento y la realización de charlas y talleres enfocadas en la comunidad, las mujeres, jóvenes, adultos mayores, entre otros. Es decir, este lugar ha sido clave para que las personas se encuentren y puedan continuar desarrollando nuevas ideas y formas de participación. Por todo lo anterior, Villa Hermosa es un territorio en constante evolución, donde las configuraciones sociales y urbanas reflejan procesos históricos, organizativos y comunitarios

que han favorecido la consolidación de espacios de participación y resistencia. De este modo, los procesos culturales y educativos han sido esenciales en la resignificación del territorio, convirtiéndose en puntos de encuentro y promotores de acciones colectivas. La acción de las organizaciones culturales ha demostrado que la construcción de paz y convivencia fortalece la participación política activa dentro de la comunidad.

En este contexto, el papel de las mujeres dentro de los colectivos ha sido fundamental, ya que su liderazgo y compromiso con la comunidad han permitido abrir nuevas posibilidades de interacción y transformación en la comuna. A través de su participación, se han generado espacios de reflexión, resistencia y construcción de narrativas que fortalecen no solo el tejido social, sino también reafirman la importancia de lo comunitario. Su labor ha sido esencial en la resignificación de la comuna, desafiando las estructuras tradicionales y abriendo caminos para que otras mujeres se sumen a estos procesos de participación colectiva. Por medio de la cultura, la educación y el activismo, han impulsado cambios en sus vidas cotidianas y en la comunidad. Estos procesos de construcción territorial, basados en la autogestión, la organización y la memoria colectiva, demuestran que la forma de percibir el territorio va más allá de un espacio geográfico delimitado por las administraciones municipales; es un escenario de luchas, encuentros y posibilidades que continúan moldeando su historia.

2. Entre lo público y lo comunitario: desafíos y organización de las mujeres

2.1 Llegar a la montaña: mi entrada al campo

Antes de iniciar con el entramado de este capítulo, quisiera dar contexto al reto que significó acercarme al campo. Habitar la montaña, siendo una mujer que viene del valle -de lo plano y de un lugar diferente al Valle de Aburrá-, representó un desafío audaz para mí. No olvidaré la primera vez que me dirigí al barrio Los Mangos en la Comuna 8. Cada vez que el carro ascendía, sentía cómo la montaña me abrazaba y me consumía; me reconocía como un ser diminuto frente a esa geografía colmada de casas y atravesada por buses, carros y motos que subían y bajaban a su ritmo las empinadas faldas. Me preguntaba: ¿cómo se vive en la montaña dentro de la ciudad? A través de la etnografía descubrí que las formas de vivir, moverse y construir en ella eran tan diversas como posibles.

Desde una cierta romantización de mi trabajo de campo, pensé que sería buena idea hacer una lista de colectivos y organizaciones que me ayudaran a ampliar la visión sobre lo que significa participar políticamente desde lo comunitario en la Comuna 8. Era un plan interesante, pero demasiado ambicioso para el tiempo con el que contaba. Mi objetivo no era abarcarlo todo, sino encontrar un espacio que me permitiera constatar la participación política en el territorio. Así comencé a salir de mi zona de confort. Si bien planeaba estratégicamente visitar diferentes grupos, no sabía qué me encontraría ni cuánto me tomaría acercarme a las personas. Mi primer plan fue visitar primero las organizaciones más lejanas e ir descendiendo hacia las más cercanas y acercarme al centro, reconociendo el territorio a medida que lo caminara. Sin embargo, solo logré visitar una: el Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, uno de los más antiguos y con una trayectoria amplia en procesos comunitarios, buscaba una casa en medio de la loma, sin embargo en busca de direcciones entré al CDS.

Buscaba allí a la coordinadora del colectivo, y la primera persona a la que me atreví a hablarle, era ella: Nélida Loaiza, coordinadora del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8. En medio de risas, compartimos sobre nosotras y, desde ese día, me adentró en la historia y las acciones del grupo. Me mostró el CDS y me invitó a un encuentro en la biblioteca León de Greiff, enfocada al autocuidado y la salud mental de mujeres de la Comuna 8, dictada por la Alcaldía de Medellín (2024).

Bajamos la montaña juntas, riéndonos del dicho popular: “los buñuelos ruedan pa’ abajo”, nuestras rodillas sufrirían menos bajando la montaña que subiéndola. En el camino me mostró casas, me habló de historias de las familias y saludó a quienes la reconocían por su apoyo comunitario. Fue entonces cuando mi instinto me dijo: *quédate aquí, no necesitas buscar más*. La personalidad extrovertida, risueña y generosa de doña Nélide me convenció de que este era el espacio perfecto para continuar mi etnografía. En los días siguientes conocí parte de su rutina, esa doble vida de participación: por un lado su vínculo con la administración, y por otro la vida comunitaria, que se desplegaba en el colectivo. La primera charla a la que asistí contaba como tema principal la salud mental de las mujeres. Allí conocí a algunas integrantes del colectivo y a otras participantes, en un espacio de reflexión sobre las tensiones cotidianas del cuidado, la crianza y la división sexual del trabajo.

2.2 Lo público y lo privado: un debate necesario

Pensemos primero en cómo se configuran y qué entendemos por lo público, en este caso asociado a la participación política. En Occidente, desde el pensamiento clásico hasta el moderno, la distinción entre lo público y lo privado ha definido cómo se organizan las actividades, dimensiones y espacios de la vida social: hogar/social, polis/familia, naturaleza/cultura. Estas categorías han marcado las formas en que se entiende y se estructura el mundo.

Hannah Arendt, en *La condición humana*, señala que “la polis se diferenciaba de la familia en que aquella sólo conocía iguales, mientras que la segunda era el centro de la más estricta desigualdad” (1993, p. 44). De este modo, lo público quedó asociado a los hombres libres y activos en la vida social, mientras que lo privado se vinculó a la familia, la reproducción y el cuidado, históricamente sostenido por las mujeres. Ambas esferas han estado siempre relacionadas: lo público organiza el poder, los bienes y los cargos, mientras que lo privado sostiene la crianza, la alimentación y los cuidados que permiten el desarrollo de la sociedad.

Sin embargo, esta división también generó dinámicas desiguales: la sobrecarga de trabajo y la invisibilización de quienes habitaban el espacio privado, frente a la visibilidad y reconocimiento de quienes ocupaban lo público. Rousseau, en *Emilio, o de la Educación* (1821), reforzaba esta mirada, atribuyendo el ámbito público a los hombres y confinando a las mujeres al rol indirecto de sostener la vida sin participar en la “voluntad general” necesaria para formar leyes.

Esta forma de entender los espacios no es neutral: tiene un carácter normativo y político que establece jerarquías y define quién puede participar en la organización social.

El reconocimiento de la mujer en el espacio político ha sido una lucha constante, atravesada por estereotipos de género y brechas económicas que dificultan su acceso. Como plantea Angélica Bernal (2006), el mundo político no incorpora a las mujeres populares en igualdad de condiciones que a los hombres o que a las mujeres de clases altas. Para ellas, el acceso está limitado por la falta de recursos, la educación restringida y la carga de los trabajos reproductivos y de cuidado. Ante esto, me preguntaba: ¿cómo acceden las mujeres en la Comuna

8 a participar en lo público? En sus relatos encontré puntos en común: trayectorias que empezaron en lo comunitario es decir, en el espacio social más que en el institucional comprendiendo este desde los trabajos según las necesidades de la comunidad como lo han sido: huertas comunitarias, asambleas, comitativas, talleres, torneos de deporte, encuentros de salud, reuniones semanales, eventos enfocados en el autocuidado y el aprendizaje de herramientas que permiten la construcción desde lo personal y profesional, antes que en lo institucional, la influencia de familiares que alguna vez participaron en política, y en algunos casos, una división más justa de las tareas del hogar que les permitió estar ambas esferas.

Aclaro que este capítulo se centrará en la participación entendida desde lo comunitario. Aquí retomo las historias de dos mujeres que, desde sus experiencias en el colectivo, me abrieron el panorama para comprender los retos, estrategias y formas de habitar lo político desde lo comunitario. La fuerza de estas mujeres va más allá de los lugares históricamente asignados al cuidado. Como señala Harding (1987), “debe enfatizarse que son las mujeres quienes deben revelar por vez primera cuáles son y cuáles han sido las experiencias femeninas”. Reconocer su acción en lo público es un logro de las luchas feministas y de la modernidad: hoy, la ciudadanía de las mujeres incorpora también el valor de sus aportes en el cuidado, el trabajo doméstico y la construcción comunitaria.

2.3 Nélica: entre lo comunitario y lo institucional

El primer caso que quisiera destacar es el de Nélica Loaiza, coordinadora del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8. Su liderazgo se caracteriza por la capacidad de gestionar y organizar espacios de encuentro, tanto para el colectivo como para otros grupos de la comuna. Es reconocida

por su entrega, valentía y apertura hacia todo lo que signifique dar visibilidad al territorio y a las mujeres de su comunidad. Su trayectoria en lo comunitario abarca aproximadamente 32 años. Actualmente, bajo la administración de Federico Gutiérrez (2024), ejerce el rol como representante y líder comunitaria, contribuyendo a visibilizar grupos locales y apoyar la gestión administrativa relacionada con programas de educación, trabajo y ayudas para la comuna.

Doña Nélide nació en Cisneros, Antioquia, y llegó a la Comuna 8 tras migrar con sus padres y hermanos a Medellín. Vivió también en la Comuna 13, pero tras el recrudecimiento del conflicto social en ese territorio se trasladó nuevamente a Villa Hermosa. Allí comenzó su liderazgo como responsable de la tienda escolar en el Colegio Julia Agudelo del barrio Enciso, asumiendo diferentes cargos dentro de la institución, hasta formar parte del grupo directivo y la junta de padres de familia. Sin embargo, debió abandonar esa labor debido a amenazas vinculadas con grupos armados presentes en el barrio. Su vida estuvo marcada por la participación social desde la tradición familiar. Sus padres, a través de sus creencias religiosas, promovieron ayudas comunitarias como alimentación y acompañamiento, mientras que su hermana, trabajadora social, ha liderado procesos de mediación entre comunidades y empresas privadas en beneficio de grupos vulnerables. Ambas han tejido un camino compartido en lo comunitario: Nélide acompaña los procesos de su hermana desde su experiencia territorial, y su hermana le brinda apoyo para sus proyectos comunitarios en momentos de dificultad.

El acercamiento a lo político se facilita cuando existe un contacto previo con círculos sociales o familiares vinculados a lo público, la academia o la organización comunitaria. Esto permite reconocer realidades, adquirir un lenguaje político y acceder a espacios institucionales (alcaldías, gobernaciones, ONG) con mayor claridad. En este sentido, el discurso político en Nélide ha estado orientado a visibilizar desigualdades sociales, realidades migratorias y problemáticas económicas de la comuna. Su liderazgo encarna un entrelazamiento entre lo comunitario y lo institucional, donde confluyen perspectivas distintas a las de los espacios políticos tradicionales, pero con un fuerte dominio de lo territorial.

Una de sus preocupaciones actuales se centra en la continuidad del colectivo, en especial en la integración de nuevas generaciones. La vinculación a la administración exige mayor tiempo y dedicación, lo cual reduce su presencia en el grupo, generando tensiones entre ambas responsabilidades. La efectividad de los procesos comunitarios depende de la capacidad de gestión,

la disciplina y la constancia, pues una baja participación o la falta de convocatorias sostenidas puede debilitar los procesos colectivos.

Para Nélida, el sostenimiento de tantos años en el liderazgo radica en una gestión activa, que anime y motive a las demás. No obstante, la ausencia de mecanismos para delegar funciones produce un desgaste físico y emocional. Mientras algunas mujeres prefieren asistir a talleres y actividades, otras asumen la iniciativa de convocar y sostener al colectivo. En este sentido, el relevo generacional es un desafío, pues supone aprender a soltar responsabilidades y garantizar la continuidad de los procesos. Su decisión de asumir la coordinación del colectivo estuvo motivada precisamente por la falta de iniciativa de la anterior dirigencia, lo que había generado desarticulación y lentitud en los proyectos. De ahí que insista en que una participación comunitaria requiere acompañamiento constante y una gestión comprometida.

Escuchar a Nélida es ver cómo el liderazgo comunitario no se improvisa: se siembra, se cultiva y, con el tiempo, se convierte en raíz. Ella camina entre dos mundos -el de su colectivo y el de la administración- con la certeza de que ambos son necesarios, aunque no siempre fáciles de conciliar. Su historia muestra cómo liderar también es aprender a soltar, a confiar en que otras mujeres podrán continuar lo sembrado. Pero ese relevo aún es un reto, y quizás ahí esta es la mayor enseñanza que deja su experiencia: que los procesos comunitarios no dependen de una sola voz, sino de la capacidad de hacer que muchas voces se reconozcan, se encuentren y se sostengan en el tiempo.

2.4 El cuidado como frontera entre esferas

La participación política en lo comunitario reta de manera directa la esfera privada, pues redefine la forma en que las mujeres se entregan a otros grupos sociales más allá de la familia. Estar presentes en lo público implica una ausencia en el espacio doméstico, que tradicionalmente –por roles de género naturalizados– se ha entendido como el lugar exclusivo de las mujeres. Esta tensión evidencia la distribución desigual de las labores y, al mismo tiempo, rompe con el discurso normativo sobre los roles de género en la sociedad.

Balancear la vida personal y la vida comunitaria representa un desafío constante: muchas veces estos dos caminos se distancian hasta el punto de que el disfrute personal se reduce al mínimo. Me gusta identificar este fenómeno como una danza entre lo privado y lo público, tal

como lo he venido desarrollando en el capítulo. En esta danza, una esfera puede terminar consumiendo a la otra: la comunitaria y lo institucional –como representación de lo público– pueden desplazar lo privado, o viceversa, según las demandas de cada espacio y la presión constante por cumplir en ambos. Esto no significa dejar de habitar lo privado, pero sí asumir una doble carga. Las mujeres enfrentan dobles jornadas: los cuidados, la crianza y las labores domésticas, junto a la participación en lo comunitario y lo administrativo. En esa rutina, el ocio personal –salir con amigas, disponer de tiempo propio o nutrirse en espacios individuales– queda reducido casi a la inexistencia.

Desde la perspectiva de doña Nélica, compartir en lo comunitario abre un horizonte distinto. Permite que las mujeres encuentren independencia en sus pensamientos, su economía y sus relaciones, de una forma que no siempre es posible en el hogar. El colectivo se convierte entonces en un espacio de herramientas para el empoderamiento personal: aprender oficios, generar ingresos, resistir distintos tipos de violencia (económica, intrafamiliar, estatal, simbólica), elaborar duelos o alimentar el deseo de nuevos aprendizajes que impulsen su crecimiento económico y vital. Desde mi mirada, estos espacios refuerzan la formación política desde un discurso situado en el género. Allí reconocí que las mujeres habitan lo público y su propio desarrollo de manera diferenciada frente a los hombres: con barreras más altas, pero también con aprendizajes que se transforman en potencia para generar empresa, construir autonomía y sostener intereses propios que muchas veces se niegan en la esfera privada.

2.5 Sororidad y estrategias colectivas

En el colectivo se tejen relaciones que no solo fortalecen la formación personal de cada mujer, sino que también sostienen la construcción de vínculos afectivos y políticos. Es aquí donde cobra sentido la *sororidad*, entendida como una alianza entre mujeres que se reconocen como iguales y sin jerarquías. La palabra proviene del latinajo *sor*, que significa hermana, y expresa una apuesta por relaciones horizontales. Marcela Lagarde (2006) la define como un pacto político de género entre mujeres que se reconocen como interlocutoras válidas. En mi experiencia de campo, pude ver cómo este concepto no quedaba en lo abstracto: se volvía palpable en los lazos de apoyo, en la confianza compartida y en la manera en que el empoderamiento circulaba entre ellas.

Preguntarme por qué traer la sororidad a este análisis fue inevitable. La respuesta se encontraba en sus gestos y palabras cotidianas. Como señala Lagarde (2006), es una primera forma de romper con el orden patriarcal, ese que sostiene discursos misóginos sobre la existencia de las mujeres. En el colectivo, reconocerse mutuamente, repartirse tareas y acompañarse en los procesos creativos se volvió una práctica política que cuestiona esas lógicas y, al mismo tiempo, produce nuevas formas de relacionamiento.

La sororidad se expresa entonces como estrategia colectiva: en la construcción de un discurso político diferenciado, en la apertura de nuevos espacios para habitar lo público y en la consolidación de un grupo de apoyo entre pares. Estos gestos, aunque pequeños, son los que abren grietas en la estructura de una sociedad machista y patriarcal. En ese sentido, la sororidad no es solo una consigna: es también la base para generar espacios creativos donde las mujeres toman la palabra, producen para sí mismas y reconfiguran sus territorios. El colectivo lo ha comprendido así y ha buscado constantemente nuevas estrategias para fortalecer la presencia de las mujeres en el territorio. Esto implica tanto discutir sus realidades como crear iniciativas que generen autonomía económica, apostando por trabajos independientes y comunitarios que amplíen las posibilidades de habitar lo público desde sus experiencias.

2.6 Patricia: la voz ambiental y la división del trabajo en casa

Las participaciones de mujeres del colectivo que también asumen roles administrativos tienen varias caras, y una de ellas es Patricia. Líder de la Mesa Ambiental de la Comuna 8, Patricia es una mujer cuya voz atrapa: su conciencia sobre lo que consumimos, cómo lo consumimos y la manera en que cuidamos el territorio te hace cuestionar constantemente la forma de compartir en un espacio.

Patricia ha acompañado procesos ambientales en defensa de las aguas, de los espacios verdes y de la seguridad de las comunidades cuando los proyectos de vivienda amenazan con levantar construcciones cerca de los cauces del territorio. En medio de los espacios compartidos con ella, reconocí que su participación ha sido posible también gracias a la existencia de una división sexual del trabajo más equitativa en su hogar. Ella misma lo reconoce: el apoyo de su pareja ha sido fundamental para continuar en lo que disfruta, ya sea en la Mesa Ambiental, en el colectivo, en reuniones barriales o en la Junta de Acción Comunal. Sabe que, de no contar con ese

respaldo, acompañar los procesos de crianza y cuidado habría significado una dificultad para participar de lleno en los escenarios comunitarios y políticos.

Su pareja ha sido una parte fundamental para continuar haciendo todo lo que disfruta: estar en la mesa ambiental, en el colectivo y en reuniones en los barrios como Llanaditas, Los Mangos, Enciso, Villatina y La Libertad II, así como también participar en las Juntas de Acción Comunal y conocer las necesidades o ideas que se están formando en estos espacios de construcción colectiva. Las labores domésticas ocupan la mayor parte del tiempo, lo que genera que las mujeres tengan menos oportunidades de acompañar procesos públicos. Si bien ella ha acompañado los procesos de crianza y cuidado de su familia, reconoce que, si estuviera sola, esto habría generado una dificultad en su participación comunitaria o en la forma en que finalmente se habría involucrado en estos grupos, colectivos y asociaciones. En este punto me cuestiono entonces las formas en las que nos hemos acostumbrado a dividir las responsabilidades de un hogar/familia en formación, puesto que, desde una perspectiva de los cuidados y la crianza, podemos reconocer que no es trabajo de una sola parte y por el contrario, un apoyo en medio de procesos de cambios constantes permite la ampliación de los recursos para todas las partes involucradas.

Este punto me llevó a cuestionar las formas en que, socialmente, hemos normalizado la distribución de las responsabilidades en el hogar. Desde una perspectiva feminista de los cuidados, el acompañamiento compartido no sólo permite sostener a la familia, sino que abre caminos para que las mujeres amplíen sus recursos y posibilidades de habitar lo público. Hacer trabajo de campo con Patricia y las demás mujeres del colectivo fue también un ejercicio de escucha múltiple: no sólo lo que se dice directamente en la entrevista, sino aquello que se conversa entre ellas mientras estás presente, lo que se comparte con gestos, con miradas que buscan aprobación, con un “¿cierto?” lanzado en medio del debate. Mi presencia no fue neutra: influyó en cómo se relacionaban y en cómo se abrían a narrar su experiencia. Aun así, nunca encontré resistencia en compartir ideas. Al contrario, hubo apertura y hospitalidad. Me permitieron ser testigo e interlocutora, incluso en momentos de conversación íntima.

Un aporte fundamental de Patricia fue la claridad con la que respondió a una de las preguntas más insistentes y que generó debate entre ellas en medio de una de sus reuniones: ¿Son las mujeres las que no están participando en la Comuna 8? Ella fue enfática: sí participan, pero sus procesos se ven muchas veces opacados. A veces por figuras ligadas a la administración local, otras veces por personas del mismo territorio que buscan prolongar su poder, controlar la agenda y

restringir las discusiones a ciertos temas. En esos casos, la inclusión de voces nuevas -mujeres, personas mayores, minorías o quienes enfrentan limitaciones de salud- queda relegada. De esta forma, lo que se genera no es ausencia de participación femenina, sino invisibilización y reducción de los espacios donde sus aportes podrían transformar la conversación colectiva.

Finalmente, fueron ellas quienes se adueñaron del discurso y me permitieron hablar a través de su experiencia. La construcción de ideas viene de la mano de encontrarse con una misma, de cuestionar su realidad y por supuesto, a través del reflejo de nuestros propios intereses. La experiencia de Patricia muestra que la participación de las mujeres no depende únicamente de su voluntad, sino de las condiciones que rodean sus vidas: la distribución del trabajo en casa, la apertura o el cierre de los espacios comunitarios, y la capacidad de disputar la visibilidad frente a dinámicas de poder que buscan limitarla. Su voz ambiental, que cuestiona las formas de consumo y las amenazas al territorio, se convierte en un recordatorio de que lo político no sólo ocurre en los escenarios institucionales, sino también en la defensa del agua, de la tierra y de la vida cotidiana. Patricia nos lleva a recordar que la verdadera transformación comienza allí donde se entrelazan el cuidado de la naturaleza, la equidad en el hogar y la sororidad en lo colectivo.

2.7 Retar lo público desde lo comunitario

Es aquí donde las manos de las mujeres líderes cobran un papel fundamental. Además de los roles domésticos, ellas asumen responsabilidades administrativas o comunitarias, como la Mesa Ambiental o las Juntas de Acción Comunal. Son ellas quienes, en medio de sus reuniones, traen nuevas perspectivas y amplían las visiones sobre la comunidad y sus necesidades. Este tipo de intervenciones permiten consolidar un discurso político más amplio, capaz de abordar de manera justa y equitativa las realidades de la comunidad. La representación que ejercen en colectivos, grupos y asociaciones no sólo visibiliza situaciones diversas, sino que también hace evidente la necesidad de soluciones acordes a las vidas concretas de quienes habitan la comuna.

Las mujeres retan el orden del espacio público. Sus participaciones políticas hacen visibles las desigualdades y carencias que, muchas veces, provienen de lo privado, y a partir de ellas construyen estrategias colectivas de cuidado y participación comunitaria. Así, las voces de lo íntimo irrumpen en lo público para transformar sus experiencias en relatos políticos, impulsar la educación comunitaria, crear oportunidades de diálogo y abrir caminos hacia mejores condiciones

de vida. En este gesto, también ponen en evidencia la incapacidad del Estado para configurar políticas efectivas que minimicen los impactos que ellas enfrentan.

Este cruce entre lo privado y lo público no es una consigna abstracta, sino una vivencia cotidiana. Al acompañarlas en reuniones, recorridos y talleres, noté cómo las preocupaciones del hogar se trasladaban al discurso comunitario y, al mismo tiempo, cómo las discusiones del colectivo regresaban a la vida íntima de cada una. En esos cruces, lo político se vuelve cercano, encarnado, y se teje a partir de las experiencias más inmediatas de las mujeres. Las organizaciones populares de mujeres, entonces, se ubican en medio de esa tensión constante entre lo público y lo privado. Como lo desarrolla Amy Conger (1994, p. 206-225), estas organizaciones son estrategias de supervivencia: espacios donde el trabajo se colectiviza para aliviar la carga de las madres trabajadoras. Al observarlas, comprendí que allí se reconfiguran las experiencias cotidianas en clave política, y se ponen en juego deseos, necesidades y expectativas distintas entre mujeres y hombres, contribuyendo no solo a la comprensión de sus mundos, sino también a la construcción de identidades colectivas más amplias.

2.8 Cierre: habitar el cuidado y la política

El refuerzo de la división sexual del trabajo ha sido una de las tensiones más persistentes que emergen en las conversaciones. Todavía se le sigue asociando a las mujeres, casi de manera exclusiva, con las labores domésticas, la crianza y el cuidado. Sin embargo, al escuchar sus relatos, comprendí que la vida comunitaria les ha permitido desafiar estas imposiciones y transformar las maneras en que habitan tanto lo privado como lo público. Las experiencias de Patricia son muestra de ello. En sus voces se reconoce cómo la participación comunitaria abre caminos hacia la autonomía, pues allí encuentran posibilidades para adquirir nuevas herramientas, generar ingresos y construir independencia económica. Patricia, por ejemplo, me mostró cómo la división equitativa de las labores en su hogar le permite estar presente tanto en la crianza como en los procesos comunitarios. Ese balance confirma que la participación no tiene por qué estar reñida con el cuidado, sino que puede sostenerse en acuerdos y apoyos mutuos dentro de la familia.

La participación política de las mujeres en lo comunitario no consiste únicamente en ocupar espacios o de ejercer roles visibles. Es, más bien, una búsqueda constante de soluciones a las tensiones de su cotidianidad, una manera de transformar en acción política las experiencias de

desigualdad, cuidado y resistencia que marcan sus días. A través del colectivo, ellas logran exteriorizar sus realidades, compartir cargas y encontrar en la sororidad un refugio que se convierte también en estrategia política.

Estas formas de organización cuestionan los esquemas patriarcales y misóginos que han pretendido dividir a las mujeres entre “buenas” y “malas” según los roles que cumplen o cómo distribuyen su tiempo. En lugar de reforzar esa dicotomía, ellas tejen un entramado de apoyo mutuo, crecimiento personal y comunitario, en el que el cuidado se reconoce como práctica política y como derecho. Habitar el cuidado y la política, en este sentido, no es elegir entre lo privado y lo público, sino transitar ambas esferas desde la resistencia, la creatividad y la apuesta colectiva por una vida más digna.

Al despedirme de cada encuentro, me quedaba la sensación de que las mujeres de la Comuna 8 no solo habitan sus casas o los espacios comunitarios, sino que también habitan una frontera entre el cuidado y la política. En sus relatos encontré la fuerza de quienes han aprendido a acompañarse y a construir en colectivo, incluso cuando la vida las empuja a cargar dobles y triples jornadas. Las vi salir de lo privado hacia lo público, no como una renuncia al hogar, sino como un gesto que amplía el sentido mismo del cuidado: cuidar no solo de los hijos o de la familia, sino también del barrio, del territorio, de la memoria compartida. Y en ese tránsito, la política que ellas practican no necesita de grandes discursos ni escenarios oficiales; se gesta en lo cotidiano, en una reunión en la JAC, en un taller del colectivo, en una conversación en las afueras de la biblioteca. Es esa danza entre lo público y lo privado donde encuentro la esencia del capítulo: el cuidado como acto político y la política como un ejercicio de cuidado que transforma las raíces.

3. Lo privado como terreno de lucha

3.1 Pensar el cuidado desde el cuerpo y la comunidad.

En nuestra sociedad, la participación principal de las mujeres ha ocurrido -y sigue ocurriendo- desde lo privado. Es allí, en ese espacio íntimo del hogar, donde se despliegan los primeros gestos de cuidado: la crianza, la atención a la salud, el bienestar familiar, la alimentación diaria. Sin embargo, al caminar el territorio y conversar con las mujeres líderes de la Comuna 8, comprendí que reducir el cuidado a ese ámbito es quedarse corta. Por eso, en este capítulo, propongo mirar el cuidado como una práctica que transita a lo privado, pero también se encarna y se transforma en lo público como lo veremos más adelante con los matices que esta carga.

Para abrir esta reflexión, parto de una perspectiva que me resonó durante el trabajo de campo: la etimología de la palabra “cuidar”. Viene del latín *cogitare*, que significa “pensar”. Cuidar no es solo hacer por el otro; es también una forma de pensar en los demás, de pensarnos en relación. Desde ahí entiendo el cuidado como un acto profundamente consciente, que nace de una sensibilidad hacia la necesidad ajena (o propia), y que se activa tanto desde la mente como desde el sentir.

María Jesús Izquierdo (2003) lo plantea de manera potente cuando expresa que el cuidado debe ser defendido y colocado en el centro de la vida social, ya que evidencia la vulnerabilidad compartida: la de quien cuida y la de quien es cuidado. En ese sentido, esta idea fue clave para comprender que el cuidado no es una carga naturalizada, sino una práctica política que revela cómo se perciben y se abordan las necesidades colectivas. Desde esta mirada es que empiezo a pensar cómo las mujeres -con sus cuerpos, sus relatos y sus recorridos- han sostenido la base de la vida, no solo en lo íntimo, sino también en lo comunitario. Desde ese entrecruce entre lo personal y lo colectivo intento acercarme al cuidado no como algo que simplemente se *hace*, sino como una manera de estar en el mundo.

3.2 El cuidado como categoría política y desigual

La pregunta por el cuidado emerge con fuerza cuando las mujeres ingresan masivamente al mercado laboral en Europa y Estados Unidos hacia finales del siglo XX y aquellas tareas

históricamente ubicadas en lo doméstico adquieren visibilidad pública como trabajo diario. En Colombia en la actualidad, el 80% de los cuidados domésticos lo ejercen las mujeres. Cifras del uso del tiempo afirman que son las mujeres quienes dedican mayor parte de su tiempo con relación a los hombres a las tareas domésticas y del cuidado, siendo estas más del doble del tiempo que los hombres (Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE], 2020, 2021). En el recorrido de campo y en sintonía con los relatos de las mujeres del Colectivo, entendí que hablar de cuidado no es solo hablar de actos para *otros*, sino de la realidad que sostiene la vida y organiza tiempos, cuerpos y afectos tanto en el hogar como fuera de él.

Sigo aquí a María Jesús Izquierdo (1998, p. 8-10) cuando propone que el cuidado proporciona subsistencia de bienestar y desarrollo, no como un gesto accesorio sino como la provisión cotidiana -tanto material como afectiva- que acompaña el ciclo vital. Esta perspectiva me permite nombrar lo que pude reconocer en medio de sus relatos: cocinar, acompañar a citas médicas, ayudar con tareas escolares, sostener una situación difícil; prácticas que aunque parecen pequeñas, sumadas, hacen posible la cotidianidad y son potencialmente actos políticos.

Históricamente, el cuidado se resolvió en el núcleo familiar y se feminizó. Pero las necesidades han cambiado, dejando en evidencia que los espacios y las personas que proveen los cuidados tampoco son las mismas, lo cual ha mostrado la asimetría con relación a esto: quienes cuidan, por lo general, no son cuidadas. Esto nos permite ampliar aquella visión sobre las formas en las que se distribuyen, trabajan y vivencian las formas de participación en medio de un grupo. La visibilización de los análisis sobre el cuidado permite abarcar debates sobre la contribución de las mujeres a la reproducción y el desarrollo de la vida misma. Con esta idea presente, comenzamos a comprender que estas labores han sido naturalizadas y despolitizadas. Al normalizarse como obligación o incluso, instinto, el cuidado pierde su carácter de trabajo social y se oculta su dimensión de poder. Lo cual se torna violento y abrupto pues las labores de cuidado se han pensado de forma unidireccional y se obvian las preguntas por: quién decide, quién dispone del tiempo, quién o quiénes interrumpen su jornada para sostener a otros.

Desde la antropología y los feminismos, el cuidado se vuelve una categoría analítica para leer regímenes de bienestar, desigualdades de género y formas de participación. Esta lectura me resulta un foco clave para entender los relatos de las mujeres: la distribución de tareas y responsabilidades no es solo un asunto doméstico o desde los roles de género, sino un orden moral y económico que habilita o restringe la participación de las mismas en lo público. Por eso, al hablar

del cuidado aquí, lo hago como una práctica política: la cual organiza tiempos, define prioridades, reparte silencios y reconocimientos. Nombrarlo como un trabajo y situarlo en el debate público abre preguntas directas sobre quién sostiene la vida y bajo qué condiciones, y cómo esas condiciones se traducen en oportunidades desiguales para la participación. Con esta apertura, doy paso a la pregunta que guía este capítulo: ¿Cómo se configura la participación cuando el cuidado, tanto material como emocional, sigue recayendo en las mujeres de forma desigual? ¿Es el cuidado resistente o no dentro del ámbito privado?

3.3 Cuando salimos del colectivo: ¿dónde queda el *empoderamiento*?

El trabajo con las mujeres del Colectivo de Mujeres de la Comuna 8 me permitió comprender que la participación política no se agota en los espacios públicos o comunitarios. En realidad, se ha entretejido en medio del acompañamiento, la cercanía y la confianza, creando espacios que les permiten abordar también cómo se vive la vida por fuera de lo público. Lo que inició como un acercamiento al activismo de las mujeres se transformó en una exploración más profunda: ¿Qué pasa cuando salimos del colectivo?, ¿Qué queda de ese empoderamiento que se construye en lo público?

Estas preguntas surgieron al ver cómo las mujeres, una vez fuera del escenario organizativo, se enfrentaban a los roles de género y las expectativas marcadas en lo privado. En este sentido, el cuidado en lo privado no desaparece al participar políticamente; más bien se transforma, se recarga y se multiplica. La literatura feminista ha propuesto a través del concepto de cuidado exponer su intersección con relaciones de poder, la construcción del género y las desigualdades estructurales. En esta línea, se reconoce que la participación de las mujeres, una vez salen de sus prácticas cotidianas en lo público, se encuentran de frente con sus relaciones cotidianas familiares o sus contextos privados específicos.

Agradezco profundamente a las mujeres del colectivo, Yolanda, Milena y Edelmira, por abrir sus vidas a mí y permitirme explorar esta perspectiva con la idea de conocer cuáles han sido las tensiones socioculturales que han influido en el desarrollo de la participación política de las mujeres. Emergieron relatos que evidencian por un lado, su fuerza en la participación política; por otro, la persistencia de dinámicas que desdibujan o debilitan ese empoderamiento cuando vuelven al hogar.

La participación se puede encontrar desde lo público, lo comunitario y en cómo realizamos actividades que nos acercan más a la realidad que queremos en los lugares en los que vivimos. Sin embargo, lo privado es algo de lo que poco se habla. La casa, entonces, aparece como un escenario complejo y tensionante: puede ser refugio, pero también espacio de silenciamiento, marcado por relaciones de poder, distribución desigual del trabajo y exigencias emocionales. Y, sin embargo, no se trata de una oposición simple entre lo público y lo privado, pues estas mujeres han logrado trasladar herramientas, aprendizajes y resistencias entre un espacio y otro.

A través de sus historias se hace evidente que el empoderamiento no avanza en línea recta llena de colores claros y pétalos de rosa, mucho menos permanece intacto al cerrar la puerta de la casa. Es más bien como un río que fluye entre piedras: se mueve, se bifurca, se enreda, pero nunca se detiene. Está hecho de tensiones y resignificaciones, de silencios rotos y de palabras que se levantan, de pequeñas batallas que a simple vista parecen mínimas pero que en el fondo transforman mundos enteros. El empoderamiento, desde lo compartido, se construye en la suma de esas pequeñas batallas ganadas, aunque parezcan mínimas. Está en la semilla del conocimiento que se siembra y que luego florece en nuevos proyectos económicos; en las charlas sobre seguridad y autocuidado que recuerdan a las mujeres cuánto valen; en el arte que despierta y les recuerda que dentro de cada una habita una niña a la que también hay que cuidar. El cuidado, en este sentido, no solo las empodera en los espacios comunitarios, también revela silencios, incomodidades y secretos que siguen habitando las casas. Y aunque no borran los logros alcanzados, sí nos recuerdan que la discusión sobre el cuidado está llena de matices complejos, sobre todo en contextos periféricos donde se entrelazan desigualdades, resistencias y esperanzas.

3.4 Tres voces, tres formas de vivir el cuidado

3.4.1 *Yolanda, el cuidado que no descansa*

Yolanda es una mujer trabajadora, de carácter firme y una risa contagiosa que no pasa desapercibida. En el tiempo que compartimos, me mostró -sin adornos, con esa sinceridad que la caracteriza- que como mujeres habitamos la casa y el espacio comunitario de maneras muy distintas. Me habló de su día a día, del doble movimiento que implica participar políticamente en el colectivo y, al mismo tiempo, sostener lo doméstico casi en solitario.

Aprendí de Yolanda que nuestra voz no se apaga cuando cruzamos la puerta del hogar, pero sí se resignifica. En casa, la participación sigue existiendo, pero aparece moldeada por roles de género, por prácticas históricas que siguen ubicando a las mujeres como administradoras silenciosas de lo emocional, lo económico y el cuidado cotidiano. No se trata de que nuestra participación desaparezca, sino que se vuelve más solitaria, más pesada y, muchas veces, menos reconocida. En sus palabras, era evidente el desfase entre lo que se vive en lo público y lo que se enfrenta en lo privado. Ciertas prácticas como lo son la administración del dinero, la toma de decisiones y el acompañamiento emocional, recaen casi exclusivamente sobre ellas. Esto me llevó a pensar en cómo los espacios íntimos, lejos de ser neutrales, están atravesados por relaciones de poder que afectan directamente la capacidad de agencia.

El contexto familiar de Yolanda se vive con su hijo menor y un tío paterno de su hijo, con quienes comparte la mayor parte del tiempo y, desde lo que me compartía habían sinsabores con respecto a la convivencia y las formas de distribución. Desde situaciones concretas: un detalle que pasó inadvertido luego de semanas de esfuerzo, una jornada laboral que no termina al volver a casa porque aún quedan por cuidar los nietos, los hijos e incluso en ciertos momentos, los adultos mayores o las responsabilidades económicas. El trabajo no para. En muchas ocasiones, no es compartido y mucho menos reconocido como tal. El hogar, ese lugar que también puede ser refugio, se vuelve en contextos patriarcales un espacio de silenciamiento y sobrecarga.

Entre todas sus responsabilidades, Yolanda sabe que es ella quien carga con las obligaciones y los cuidados del hogar. En su relato aparece también la figura masculina de su casa -el tío paterno de su hijo-, presente en lo económico, pero ausente en las demás tareas. No se involucra en el cuidado del hogar ni en la atención a los niños. Son asuntos que, desde una mirada masculinizada, no corresponden y en los que no se muestra un real interés. Para ella esto se traduce en una jornada extensiva pues además de trabajar debe llegar a encargarse completamente de las responsabilidades de un hogar. Así, el peso de lo cotidiano recae sobre sus manos, mientras la figura masculina se mantiene al margen de aquello que sostiene la vida diaria. Aquí, los aportes de Joan Tronto (1991) me ofrecieron una lente analítica clara. Ella habla de la irresponsabilidad privilegiada como ese mecanismo que permite a ciertas personas -por lo general varones o sujetos con un mayor capital económico- desentenderse del cuidado, delegando a quienes siempre han estado socialmente “a cargo” de él:

(...) La irresponsabilidad privilegiada es una especie de servicio personal en el que quien recibe las tareas de cuidado de los y las demás simplemente da por sentado tener derecho a ellas. Además, la existencia de ese derecho permite que se desarrolle de manera ‘un tanto oculta’, es decir, que no se perciba, comente ni mencione. (Triviño, R., & Ausín, T. 2022. p. 164)

Aunque se cuida, sostiene, acompaña y alimenta, el reconocimiento escasea. El tiempo y el cuerpo están disponibles para otras personas, pero pocas veces alguien se detiene a preguntar por las propias necesidades de la persona cuidadora. Esto, lejos de ser un asunto privado, revela una estructura: una forma de organización social que, como dice Tronto (1991), oculta lo que debería ser compartido y valorado.

Durante el día, Yolanda trabaja vendiendo tintos, aromáticas, dulces y cigarrillos. Parte de su tarde la dedica a su nieta: la lleva a clases de música, danza y deporte, la cuida, la alimenta, la acompaña. En casa quien recibe de sus cuidados es su hijo, apoya en sus estudios y en su trabajo artístico. Aunque su hija no vive con ella, también encuentra ese acompañamiento por parte de su madre: le brinda cuidado, le sirve un plato de comida después de la jornada laboral, entre otros. En casa no vive el padre de sus hijos, pues es una mujer que se ha movilizado de la zona norte del país y que no mantiene una relación con el padre de sus hijos. La red que Yolanda sostiene con su cuerpo y su tiempo abarca generaciones y múltiples necesidades. Y todo eso sucede mientras participa activamente en el colectivo, espacio que ha sido refugio y lumbrera para sus procesos personales.

Es aquí donde el cuidado revela su dimensión de trabajo no remunerado, acumulado e invisibilizado. La carga mental, emocional y física no termina al salir del espacio comunitario, sino que se prolonga -a veces se intensifica- dentro del hogar. Esta situación no es exclusiva de ella; es parte de una estructura social que opera a nivel global. Así lo muestran los datos de la Encuesta de Uso del Tiempo (EUT) tomadas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y analizados por Batthyány (2015), quien señala:

- La carga global de trabajo femenina es mayor a la masculina.
- Los hombres tienen una menor participación e invierten menos tiempo en las actividades domésticas y de cuidado.
- Las mujeres destinan en promedio más del doble de tiempo semanal que los hombres al cuidado de niños y otros miembros del hogar.

- Cuando las mujeres trabajan remuneradamente, aun cuando lo hacen a tiempo completo, la distribución de las tareas domésticas y de cuidado sigue siendo desigual. (Batthyány, 2015, p. 15)

Este desequilibrio puede evidenciarse en los mismos relatos: las jornadas laborales dobles, pero el esfuerzo no se percibe como ‘trabajo’. Al igual que muchas mujeres, la participación se ve condicionada por la falta de redistribución del cuidado en lo privado, lo que genera tensiones, cansancio y, en ocasiones, una sensación de abandono.

Además, el contexto económico en el que se vive no es neutro. Rosana Triviño y Txetxu Ausín Díez, (2022, p. 164) señala cómo el sistema económico ha generado una organización dual del trabajo de cuidado: mientras unas mujeres pueden pagar por delegar este trabajo, otras no solo se encargan del propio, sino del que otras no pueden asumir. El cuidado, en ese sentido, se transforma en una moneda social que opera entre la precariedad y la deuda afectiva. Se convierte en una especie de “recurso” que circula, pero que no siempre es recíproco ni valorado.

Como lo explica Rosana, el cuidado se presenta cada vez más como un bien transaccional, adaptado a la lógica del mercado: quienes lo prestan, muchas veces sin garantías ni reconocimiento, lo hacen desde márgenes sociales y económicos más vulnerables. Lo cual excluye la importancia y relevancia que tienen estos sobre el desarrollo social, siendo este la base para sostener los lazos y elementos interpersonales como lo puede ser la comunicación, el contacto físico, la caricia. No solo es abrirse paso en la participación política, sino que es también lidiar con la indiferencia frente a su esfuerzo, la invisibilidad del trabajo cotidiano y la tensión emocional que implica sostener un hogar siendo el soporte económico real, incluso cuando existen otros miembros de la familia que asumen parcialmente esta responsabilidad.

Lo que quiero decir es que, aunque muchas mujeres participan activamente en lo comunitario, eso no significa que en sus hogares las responsabilidades estén redistribuidas. Esto pone de frente la división sexual del trabajo y deja ver que, aunque en lo público pueda haber cierta redistribución, en lo privado persiste otra realidad. Una vez se regresa a casa, son ellas quienes cargan con la totalidad de las tareas: desde lo económico hasta lo doméstico, lo afectivo a lo organizativo.

Esto no significa que hayan “olvidado” los discursos de empoderamiento ni que desconozcan que existen otras formas posibles de habitar el hogar. Más bien, lo que se evidencia

es una tensión constante entre el deseo de transformación y las estructuras que siguen siendo profundamente desiguales. Como lo menciona la autora Amaia Pérez Orozco, la llamada “crisis de los cuidados” (2019, p. 73-80) surge justamente cuando las mujeres ingresan masivamente al mercado laboral sin que haya un cambio proporcional en la corresponsabilidad dentro de los hogares. Esa es la fractura que muchas viven hoy: la doble jornada, el cansancio acumulado, la fragmentación del tiempo propio.

Yolanda no es ajena a esto. Su participación se ve permeada por los límites materiales y emocionales que le impone la redistribución. Aun así, resiste. Participa. Se hace espacio. Y en esa acción cotidiana también hay política. La economía feminista ha mostrado que los cuidados no son una externalidad ni una cuestión individual: son la base que sostiene cualquier otro sistema económico o político. A través de Yolanda, entendí que el empoderamiento no es un estado alcanzado, sino una práctica continua, llena de contradicciones, que se disputa en cada interacción. Su historia me permitió ver que el cuidado no solo reproduce lo existente, también puede transformarse. Porque en medio de todo lo que sostiene, Yolanda también se nombra, se posiciona, se vuelve visible. Y eso, en un contexto donde muchas veces no se reconoce ni lo que se siente ni lo que se hace, también es una forma de lucha y de resistencia.

3.4.2 Edelmira, tejer la sanación en compañía

Desde nuestro primer encuentro, Edelmira transmitía una energía calmada y contenida. No era la más habladora del grupo, pero cuando tomaba la palabra, lo hacía con una claridad serena que obligaba a escuchar. En nuestro espacio de conversación, Edelmira me compartió que, ha estado en muchos espacios con el colectivo, ella ha acompañado cada proceso tejiendo entre compañeras, escuchando y sosteniendo. Me pareció significativo recalcar que lo que para algunas personas puede nombrarse como “liderar”, en este caso se ha traducido en un sostener y apoyar.

La historia de Edelmira está marcada por un proceso profundo de sanación personal. Su llegada al colectivo fue, ante todo, una búsqueda para cuidar(se), para volver a habitar su cuerpo y su vida después de experiencias personales dolorosas. Perder un ser querido que ha sido luz y polo a tierra puede causar dolores profundos, en ese deseo, el cuidado se convierte en una práctica colectiva y política: no solo es asistir a otras, sino también permitirse ser sostenida por la red.

Edelmira me hizo pensar en cómo el trabajo del cuidado también puede ser apropiado desde el deseo, no solo desde una obligación. Y que ese cuidado, cuando es mutuo, puede funcionar como espacio de agencia, de reconstrucción y de afirmación identitaria. Aquí conecté con los planteamientos de Marcela Lagarde (2005), quien nos recuerda que las mujeres no solo han sido socializadas para cuidar a otros, sino también para negar sus propias necesidades. En este sentido, reapropiarse del cuidado -no solo darlo, sino el acto de recibirlo- puede ser un acto profundamente subversivo.

Edelmira me hablaba de su casa como un lugar tranquilo, rodeado de mujeres antes y ahora, habitado principalmente por sus hermanas. Hubo un tiempo en que mientras pasaba por el duelo tras la pérdida de su madre, el Colectivo, me dijo, fue su primer lugar de expresión: allí aprendió a nombrarlo, compartirlo y procesarlo en medio de la compañía, un momento difícil junto a otras mujeres. El Colectivo sirvió de refugio que se entreteje en medio del compartir. En el hogar de Edelmira hay un equilibrio constante, una especie de entendimiento silencioso sobre cómo acompañarse entre mujeres. Su forma de cuidar está profundamente atravesada por esa posibilidad de contar con otras, y eso le ha permitido cuidar sin borrarse, acompañar sin desaparecerse. Edelmira no se nombra a sí misma como lideresa, pero ejerce liderazgo desde lo cotidiano. En ella, el cuidado no se impone ni se exige: se ofrece, se sostiene, se teje.

Edelmira encarna este proceso no desde un manual, sino desde su historia, desde la escucha y desde el compromiso silencioso con otras. Eso muestra entonces que la participación en grupo que ella vive con el Colectivo no es sólo en él sino que ha extrapolado también a otros ámbitos de su vida: el entorno familiar le permitió a Edelmira compartir y llevar todo lo aprendido a él para empezar a aplicarlo en su vida personal. Por lo que me lleva a preguntarme:

¿es el entorno familiar el que está ligado netamente a estos procesos de distribución sexual del trabajo, o por el contrario, somos nosotros, los seres humanos que no permitimos abrirnos a estas nuevas ideas de habitar lo privado?

A través de Edelmira, entendí que el cuidado puede ser una práctica de sanación, pero también una herramienta colectiva. No es solo un acto relacional: es una forma de vivir en la cotidianidad, abrirle el espacio al otro sin perderse a una misma. Y en ese equilibrio tan frágil y poderoso, Edelmira cuida y se cuida, y nos muestra que el empoderamiento también puede nacer del silencio compartido, del gesto amable, del estar ahí acompañando los procesos personales. El

cuidar se ha convertido en ese símil para mí, tal como fue nuestra interacción: tejer, compartirnos hilo y tijeras para construir.

3.4.3 Milena, las rupturas del cuidado

Milena es una mujer que participa activamente en varios procesos comunitarios de la Comuna 8 desde hace aproximadamente 15 años. Es madre, ama el arte, y cuando habla de su barrio, lo hace con el orgullo de quien lo ha habitado y cuidado. Desde el primer encuentro, me compartió que le gusta trabajar con mujeres, que siente que allí puede soltar, expresar y construir en comunidad. Pero cuando comenzamos a hablar sobre su vida cotidiana, emergieron otras tensiones entre su participación política y su entorno más cercano.

En nuestras conversaciones, Milena me contó que no siempre puede asistir a los espacios del colectivo. A veces, no es por falta de ganas, sino porque “no hay tiempo”, “hay mucho que hacer”, o porque de algún modo sus responsabilidades en el cuidado de adultos mayores -sus padres- se acrecientan. Nuestros encuentros tuvieron momentos de mucha separación temporal por aspectos personales de ella, pero esto me permitió abordar este capítulo con una pregunta más: ¿cómo afrontamos las mujeres estos espacios de los cuidados familiares? La participación de estas mujeres en sus hogares es fundamental para el desarrollo y protección de los miembros de sus familias. En este caso, Milena ha sido un gran apoyo y ha cuidado de sus seres queridos, así como en el colectivo la han cuidado a ella.

El valor del cuidado es innegable. Sin embargo, si se cuestiona, se vuelve una responsabilidad que recae sobre las mismas personas. En este caso, es una labor que requiere de responsabilidad, energía física y emocional, en casos como el cuidado de adultos mayores: requieren de ayuda. En los espacios comunitarios encuentran un momento de alivio: pueden crear, hablar, sentir y en ese mismo aspecto, recibir cuidados. Lo que escuché en ella me llevó a preguntarme, con más fuerza, por la forma en que los trabajos del cuidado están repartidos entre lo familiar, lo comunitario, lo económico y lo público. El cuidado de personas enfermas, mayores, niñas y niños aumenta de manera desproporcionada en la vida de las mujeres, y con ello también lo hace el tiempo que invierten en sostener estos espacios de cuidado. No se trata de cuestionar si las mujeres “deben” o no participar, sino de reflexionar sobre cómo están organizadas estas estructuras y quiénes terminan sosteniéndolas cuando nadie más lo hace.

La forma de distribuir y gestionar los cuidados sostiene el funcionamiento social y económico de cualquier sociedad, aunque este reparto sea desigual. Cuando los cuidados están feminizados -y naturalizados como “responsabilidad femenina”- lo que se refuerza es una dinámica que limita el desarrollo integral de las mujeres, tanto en lo público como en lo privado. Pérez Orozco lo nombra como una sobrecarga disfrazada en el momento que ambos mundos: el mundo laboral -del mercado- y el mundo privado -doméstico- se fusionaron y no hubo un límite de división y repartición de las labores generando en sí una crisis de los cuidados (2014, p. 225-231).

Esta distribución resumiéndose en una trampa del empoderamiento: se espera que participemos, que nos empoderemos, que estemos presentes, pero sin que cambien las condiciones materiales que nos rodean ni las exigencias que recaen sobre nuestros cuerpos. Milena encarna esa tensión. Su deseo de participar no es abstracto ni espontáneo: está atravesado por todo lo que implica sostener la vida y la de otros/as. Y sin embargo, insiste. No de forma heroica, sino real: asiste cuando puede, propone cuando hay espacio, se repliega cuando el cuerpo no da más. Y vuelve, porque como ellas mismas se encuentran: el colectivo les permite conocerse, aprender y crecer.

A través de Milena entendí que el empoderamiento no es una línea recta. Es un camino lleno de contradicciones, silencios, cansancios y pequeñas victorias. Y que el cuidado, cuando no es compartido ni reconocido, se convierte en un límite que condiciona nuestras posibilidades de transformar el mundo. Pero también supe que incluso dentro de esas estructuras, las mujeres están generando rupturas, buscando formas de habitar distinto, de resistir con y desde el cuidado. Porque en Milena existe el gusto por cuidar, especialmente a sus padres, y una forma de expresar el afecto a través del servicio. Lo que se cuestiona no es el acto de cuidar en sí mismo, sino que ese deseo en algún punto se vuelva obligación, que la disponibilidad sea asumida como un deber incondicional, sin límites o redes de apoyo. Y en esa tensión, tan cotidiana como política, va trazando las propias formas de resistir.

3.5 Redistribuir lo invisibilizado: política del cuidado y desigualdad estructural

El Colectivo de Mujeres de la Comuna 8, en medio del quehacer político que ejercen, se han propuesto nuevas formas de redistribución del trabajo. A través de la delegación en temas como la planeación de procesos sociales, la tesorería, las convocatorias o los acercamientos a otros

espacios comunitarios. Las mujeres han venido diseñando una organización que desafía el modelo tradicional de quién coordina, quién gestiona y quién ejecuta. Uno de los desafíos que he podido reconocer en este proceso investigativo ha sido cómo las mujeres seguimos separando dos esferas: lo público y lo privado. Si bien son diferentes, en ambos se requiere acompañamiento, gestión, administración y una delegación del cuidado. Y es precisamente en esa tensión donde se desdibujan las fronteras, porque también lo privado necesita ser gestionado para que lo público pueda existir.

Como antropóloga en formación, me posiciono dentro de esta experiencia para observar y nombrar las formas en las que las mujeres habitan estos espacios. El ámbito privado ha sido estructurado históricamente desde la división sexual del trabajo, lo cual profundiza una pregunta de fondo: ¿cómo se han distribuido los roles de género?, hasta ahora, en los espacios que habitamos. ¿Y quiénes siguen sosteniéndolos? Desde mi perspectiva, la sociedad no ha logrado reconocer de forma justa el trabajo que realizan las mujeres, ni tampoco ha transformado sustancialmente la forma en que los hombres habitan los espacios de cuidado: salud, acompañamiento emocional, crianza activa, tareas domésticas. La masculinidad hegemónica sigue funcionando como pilar de un modelo que vuelve estas prácticas dependientes e injustas, lo que hace que pensar en una redistribución real de los cuidados parezca aún, para muchas personas, impensable.

¿Y por qué, me pregunto, ciertos ámbitos de mujeres lo permiten o sostienen? No es una pregunta para entrar en una disputa entre hombres y mujeres, sino para interpelarnos: ¿de qué formas nos estamos pensando el cuidado? ¿Cómo se han internalizado también esas ideas patriarcales que, muchas veces, no son siquiera reconocidas? Pienso en el caso de Rosa, una mujer rodeada de figuras femeninas, de pares que reconocen su cuidado y su palabra. Sin embargo, esa sensación de reconocimiento no siempre se traslada a otros escenarios donde los vínculos no se construyen desde el afecto compartido, sino desde el deber asignado.

Según Giner (como se cita en Cinta Loaiza, 2007), la esfera privada es aquel lugar donde las identidades se configuran y cobran sentido. Esta esfera contiene los comportamientos y estructuras que sostienen las relaciones sociales y sirve de base para el sostenimiento de la sociedad. Las mujeres han estado históricamente al pie de ese espacio, haciéndose cargo de los cuidados como una forma de garantizar la continuidad de la vida y las crianzas. Pero todo esto bajo una distribución desigual, que ha delegado en las mujeres la obligación de habitar lo privado, mientras los hombres circulan libremente en la esfera de lo público.

Escuchar a las mujeres del colectivo hablar sobre organización, delegación y sostenimiento me mostró que redistribuir el cuidado no es solo un reclamo abstracto. Es una necesidad que emerge desde lo cotidiano, desde las reuniones que no se logran porque alguien sostiene las labores en casa, desde las compañeras que no llegan a tiempo porque antes tuvieron que resolver lo invisible. Ahí entendí que lo político también pasa por quién cuida y cómo se distribuye eso que no siempre se ve, pero que todo lo sostiene.

3.6 El cuidado como derecho y como eje de transformación

Para los feminismos, las discusiones sobre el cuidado y su lugar en la vida social tienen raíces profundas. A finales de los años 70, se empezó a cuestionar con más fuerza cómo el sistema capitalista organizaba la vida, distribuyendo los bienes, el trabajo y la participación en lo público bajo lógicas excluyentes. Si las mujeres no eran parte de este sistema económico en términos formales, ¿cómo se sostenía la vida? ¿Desde dónde participaban realmente? En este punto, el feminismo abrió una grieta poderosa: no solo se trataba de incluir a las mujeres en lo público, sino de cuestionar cómo se distribuía el trabajo de sostener la vida. Y aunque se logró una mayor presencia de mujeres en distintos espacios, eso no implicó una redistribución justa de lo privado. Así, muchas mujeres pasaron a cumplir con las tareas públicas sin dejar de hacerse cargo de lo doméstico y del cuidado, acumulando dobles -y hasta triples- jornadas, y llevando consigo una culpa constante por no cumplir del todo en ninguno de los dos frentes.

Este desfase se hace evidente cuando observamos los relatos de las mujeres. Al volver de una jornada laboral o de un espacio organizativo, las espera otra lista de tareas: preparar comida, revisar tareas, cuidar a alguien. Incluso cuando hay apoyo, muchas veces es parcial, simbólico o intermitente. La redistribución no es solo un tema práctico, sino una lucha política cotidiana. Por eso, es necesario pensar el cuidado como un derecho. Un derecho que no debe estar limitado a lo femenino ni ser una carga que se asuma por “amor” o por “naturaleza”, sino un compromiso compartido, transversal y digno de reconocimiento. Entenderlo como derecho implica también garantizar las condiciones para que las mujeres puedan participar políticamente sin que eso signifique duplicar su jornada o poner en riesgo su bienestar.

Lo que he observado en el colectivo confirma que la participación política de las mujeres se ve potenciada cuando hay acompañamiento: cuando hay alguien que cuida mientras ellas

participan, cuando su labor es reconocida, cuando el tiempo se comparte. Patricia, por ejemplo, ha logrado sostener su presencia en diferentes espacios gracias al apoyo que recibe para el cuidado de sus hijas, la educación y el impulso de sus propios proyectos como lo vemos en el capítulo anterior. Otras compañeras, en cambio, con relación a esta distribución y apoyo priorizan otros quehaceres, pues la carga sigue siendo desigual: sus parejas, hijos o familiares no comparten la misma responsabilidad.

El cuidado, entonces, no es un asunto secundario: es el centro desde el cual se tejen nuestras posibilidades de participar, decidir y transformar. Pensarlo como un derecho es reconocerlo como un eje de justicia, de equidad y de futuro. Cuestionarnos cómo las formas de participación política que las mujeres construyen en lo público —a través de sus colectivos— abren caminos para redistribuir y ampliar la manera en que nos relacionamos, nos invita a mirar desde la raíz las estructuras de poder y la distribución de responsabilidades en torno al cuidado.

En el colectivo pude sentir ese cobijo, ese resguardo y esa escucha que se brindaban mutuamente. La ausencia de una no era motivo de juicio, sino de comprensión, reconocimiento y apoyo. Si alguna necesitaba ayuda para su familia, su trabajo o su bienestar emocional, sabía que podía acercarse a sus compañeras y encontrar un espacio de diálogo y acompañamiento. Con el tiempo, los encuentros crecieron: ya no solo se reunían las mujeres del colectivo, sino que también se abrían los brazos para recibir a hijos, sobrinos y nietos, integrando a quienes dependen de ellas y necesitan de su atención, sin que ello significara renunciar a compartir espacios de conocimiento y participación.

Con ellas aprendí que ser mujer no tiene que implicar elegir entre cuidar y participar políticamente. Es posible ejercer ambas, si las tareas y las responsabilidades se distribuyen de manera justa. Ellas me mostraron que el cuidado, cuando se vive en comunidad, no es una carga que aísla, sino una fuerza que une, sostiene y transforma. No existe una única forma de vivir el cuidado. Aun cuando se reconocen nuevas formas de participación, no hay una fórmula mágica que deshaga los hechizos de la división sexual del trabajo. Lo que aparece detrás de estas experiencias son realidades diversas y contrastes que nos recuerdan que, incluso con el avance en la redistribución, con los aportes teóricos o con los encuentros en torno al cuidado colectivo, siempre persisten fisuras y aristas dolorosas en la vida privada. El punto no es comparar quién lo hace mejor o peor, sino comprender que las mujeres habitan múltiples realidades frente al cuidado:

mientras en algunos espacios este puede ser impulsado y compartido, en otros sigue siendo un terreno marcado por la desigualdad y, muchas veces, por la violencia.

4. Conclusiones

Este último apartado, más que una conclusión, es el lugar donde se concentra el sentido de este tejido que se construyó con las mujeres del Colectivo, se teje en esa construcción que ellas mismas han hilado en todos estos años de participación. Las historias que compartimos en el espacio en el que las mujeres del colectivo me acogieron pusieron en tensión mis propias formas de comprender el cuidado, la política y la vida comunitaria. El camino de la etnografía reveló que el empoderamiento, aun cuando al inicio no fue parte de mi búsqueda, se convirtió en un referente para pensar el acompañamiento y la construcción de colectivo. El empoderamiento no es una línea ascendente ni un estado definitivo, es un movimiento constante, lleno de contradicciones y micro batallas cotidianas.

En primer lugar, el cuidado emerge como categoría política. Lejos de ser un asunto reducido al ámbito privado, las mujeres lo transforman en acción comunitaria y en estrategia de supervivencia. Las prácticas que llevan a cabo en torno al cuidado revelan que este no es solo trabajo doméstico invisibilizado, sino también un motor de organización barrial, de lucha por los derechos y de creación de alternativas frente a la ausencia del Estado. Esta experiencia confirma que el cuidado, es también, un espacio de opresión o de oportunidades desde los diferentes contextos que nos encontremos.

En segundo lugar, se hace evidente que las esferas entre lo privado y lo público no son separadas, sino espacios que se entrecruzan, se tensionan y luchan entre ellas. La participación de las mujeres en la esfera comunitaria siempre se evidenció atravesada por dobles jornadas, responsabilidades domésticas, presión social por cumplir los roles de género, entre otros. Sin embargo, esa misma participación ha permitido construir nuevas formas de autonomía, replantear jerarquías dentro y fuera de sus hogares, ampliar sus voces en escenarios colectivos y crecer en nuevas formas de conocimiento personal y profesional.

Un tercer hallazgo tiene que ver con las formas de organización social del Colectivo de mujeres. Allí se produjeron estrategias de apoyo mutuo, alianzas sororas y procesos de aprendizajes que les brindaron herramientas políticas, económicas y emocionales. Desde talleres de seguridad, autocuidado, sanación con su niña interior, procesos creativos como teatro, proyectos productivos como la creación de diversos jabones y aromáticas, hasta discusiones sobre el territorio, las mujeres

encontraron en la colectividad la forma de sostenerse y, al mismo tiempo, de desafiar las dificultades que hacen parte de su cotidianidad.

Por último, parte de la experiencia de estos proyectos basados en la etnografía te confrontan, y te enfrentan con las realidades y las limitaciones que puedan surgir en medio de ellos, visto desde dos caras: la experiencia propia como etnógrafa, donde una se encuentra de cara con las diferentes y se reconoce el acompañamiento sin tomar por voz propia sus realidades, por otro lado, la experiencia desde la participación y las limitaciones estructurales de esta misma: la escasez de recursos dentro del territorio o, la ausencia de políticas del cuidado. En este caso, las limitaciones estructurales del Estado y la capacidad de las mujeres para generar respuestas para su territorio y su comunidad desde abajo. Sus voces se alzan para ser escuchadas en los espacios institucionales, los cuales evidencian la inequidad en la distribución de cuidados, bienes, beneficios estatales entre otros, los que dan como resultado el reclamo por la vida, la redistribución justa en tiempos y oportunidades y que han permitido que estas luchas sigan de pie por la construcción de comunidades, vista como una herramienta en la que se generan redes de apoyo, se comparten recursos y se busca generar soluciones colectivas en pro de quienes comparten las luchas por el territorio.

En síntesis, este trabajo mostró cómo la política no se limita a los espacios formales de decisión, sino que también se produce en los hogares, las huertas, los talleres, las asambleas, las reuniones semanales y, por supuesto, en las conversaciones cotidianas. Como investigadora, esta experiencia me recuerda que hacer etnografía también es encontrarse de cara con la empatía, la escucha, la vulnerabilidad y reconocer la potencia política de lo cotidiano. Lo que queda después de este recorrido es la certeza de que lo cotidiano también es político, que cada gesto sostiene las luchas más grandes y mientras los tejidos siguen sosteniéndose, habrán nuevas formas de convivir y podrán construirse futuros que sean acordes a las necesidades de cada comunidad.

5. Recomendaciones

Acompañar y cuidar los espacios que se convocan es primordial para una construcción basada en las necesidades tanto del colectivo como de la comunidad. Desde la perspectiva etnográfica, este capítulo con el Colectivo no se cierra en estas páginas: por el contrario, sigue latiendo en la posibilidad de caminar juntas, de tejer en medio de talleres y de dar vida priorizando proyectos a corto, mediano y largo plazo. Mantener las relaciones y el trabajo en conjunto permite pensar procesos más horizontales, donde el conocimiento se comparte y amplifica su impacto en la comunidad. Los futuros proyectos se orientan, entonces, al fortalecimiento y a la visibilidad del Colectivo y de la incidencia de sus apuestas: apoyar, cuidar y difundir sus iniciativas en beneficio de las mujeres y de la comunidad, propiciar talleres que integren el cuidado y el autocuidado, y generar espacios de encuentro que sostengan y expandan este tejido colectivo para nuevas generaciones.

Referencias

- Alcaldía de Medellín. (s.f.). *Alcaldía de Medellín: Planeación del Desarrollo Local y Presupuesto Participativo en Medellín*.
- Arendt, Hannah., & Novales, R. G. (1993). *La condición humana* (1.ª ed.). Barcelona: Paidós.
- Augé, M. (1993). *Los «no lugares» espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (1.ª ed.). Gedisa.
- Batthyány, K. (2015). Las políticas y el cuidado en América Latina. Una mirada a las experiencias regionales. CEPAL, (124).
- Bernal Olarte, A. A. (2006). *Mujeres y Participación Política: El desencanto por la política o la nostalgia por lo comunitario*. [tesis de maestría, Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas] SIDALC.
- Blondet, C. M. (2001) Lecciones de la Participación Política de la Mujer. JCAS Ocassional Paper, (09), 2-30.
- Cardona Hincapié, Y. C. (2014). *De lo personal a lo político: el “colectivo de mujeres” de la Comuna 16 del Municipio de Medellín, como estrategia para la participación política y la incidencia local* [tesis de trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, Medellín]. Biblioteca Digital Universidad de Antioquia.
- Cinta Loaiza, Dulce Ma. (2007). Giner, Salvador, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres (eds) (1998), *Diccionario de Sociología*, Madrid, Alianza Editorial.
- Colombia. Congreso de la República de Colombia (2012). Ley 1581 de 2012. Por la cual se dictan disposiciones generales para la protección de datos personales. 17 de octubre de 2012. DO. N48587.
- Colombia. Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2020-2021). *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT)*. DANE.
- Conger Lind, A. (1992). The making of social movements in Latin America. En Conger Lind, A. (1ª eds.), *Power, gender and development Popular women's organizations and the politics of needs in Ecuador* (pp. 1-16). Routledge.
- Fisher, B. & Tronto, J. (1991). Towards a feminist theory of care. En Abel, E. & Nelson, M. (eds.), *Circles of care: Work and identity in women's lives*, Albany (pp. 36-54). State of New York University Press.
- Grisales Restrepo, L. M. (2019). *Memorias de Mujer. Proyecto de Reconstrucción de Memoria y Sistematización de las Experiencias de los Colectivos y organizaciones de Mujeres de la Comuna 8* (1.ª ed.). Medellín, Colombia.
- Guber, R. (2016) La etnografía: método, campo y reflexividad. En Guber, R. (4 Ed.), *La observación participante* (pp. 51-68). Siglo XXI Editores.
- Harding, S. (1987). Introducción: ¿Existe un método feminista? En Harding, S. (Eds.),

Feminismo y Metodología (pp. 1-14). Universidad de Indiana.

Izquierdo, M. J. (1998). Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: Hacia una política democrática del cuidado. *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. (pp. 1-30). Barcelona, Cátedra.

Izquierdo, M. J. (2003). El cuidado de los individuos y de los grupos: quién se cuida. Organización social y género. *Intercambios, papeles de psicoanálisis*, (10), 70-82

Lagarde, M. (2005). Los cautiverios de las mujeres: Madres, esposas, monjas, putas, presas y locas. En Lagarde, M. (4 Ed.), *La madre* (pp. 376-398). Universidad Nacional Autónoma de México.

Lagarde, M. (2006). Pacto entre mujeres: Sororidad. *Aportes para el debate*. (pp. 1-130). CELEM.

Lagarde, M. (2012). El feminismo en mi vida: hitos, claves y topías. *Instituto de Mujeres del Distrito Federal* (1.ª ed.). México, D.F.

Marion Young, I. (2000). La justicia y la política de la diferencia. En Marion Young, I. (1.ª ed.). *Las cinco caras de la opresión* (pp. 71-77). Ediciones Cátedra.

Naranjo, G. (2004). Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El “reasentamiento de hecho” y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización. (1.ª ed.). Universidad Nacional de Colombia.

Ospina, C., Gómez, A., & Zapata, I. (2011). *Plan de Desarrollo Cultural Comuna 8: Territorio multicultural y pluriétnico* (1.ª ed.). Medellín, Colombia.

Pérez Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía. Sobre el conflicto capital-vida. En Pérez Orozco, A. (4 Ed.), *¿Crecer para salir de la crisis de la reproducción social?* (pp. 225-236). Traficantes de sueños.

Quiceno, N., Muñoz, A. M., & Montoya, H. (2008). La Comuna 8. Memoria y Territorio. Secretaria de Cultura Ciudadana. Rousseau, J.J. (1821). *Emilio, o de la educación*. (Eds.) Madrid: España.

Triviño, R., & Ausín, T. (2022). Responsabilidad por los cuidados. *Bajo palabra. II época*, (30), 155-174